



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

Los sucesos de Ifni

Marruecos contra Franco

DESPUES de cuatro días de sangrientos combates en el territorio de Ifni, reclamado por Marruecos, el Ministerio del Ejército del Caudillo se ha considerado en el caso de dar a la publicidad una nota «con el fin de tener debidamente informada a la opinión pública».

Mucho tiempo se ha tomado el Ministerio para realizar ese fin informativo después de los no pocos meses en que se han venido sucediendo los incidentes, alguno de ellos con muerte de un comandante a cuya memoria no se ha tributado siquiera el homenaje de una pública mención.

Si ahora se ha concedido a los españoles una sobria e imprecisa información es no tanto por la cantidad que han alcanzado los acontecimientos como por no dejar sus noticias a cargo sólo de las radios extranjeras, y corregirlas o atenuarlas, aunque reconociendo en comunicados sucesivos un cierto número de muertos, heridos y desaparecidos.

Uno de esos comunicados ha llegado muy seriamente a relacionar los sucesos con el no bien determinado paso de unos barcos soviéticos frente a aquellas costas oceánicas. El caso hubiera ofrecido mayor interés si hubieran sido rusas las armas cogidas al enemigo; pero en otro de esos comunicados se ha puesto un intencionado interés en hacer constar que tales armas son de las que el propio Gobierno español había entregado al marroquí, lo cual prueba que el llamado Ejército de Liberación no es tan autónomo e irregular como se ha querido hacer ver.

Sin duda, según expresan los comunicados, las fuerzas del Ejército español habrán reaccionado vigorosamente y habrán cumplido su deber profesional y vocacional con mayor acierto del que ponen en gobernar a España. No hemos, pues, de enjuiciar ahora —faltos por lo pronto de información precisa— la operación militar que se está desarrollando. Pero sí nos interesa señalar el enorme fracaso político que significa la defensa a tiros de ese territorio que políticamente fué ocupado por la República española.

En efecto, después del enfriamiento de relaciones con los demás países musulmanes, esa estampa que nos presentan las fuerzas españolas de tierra, mar y aire combatiendo encarnizadamente con fuerzas marroquíes, contrasta fuertemente con la perspectiva que el Caudillo se había prometido a nase de un funcional entendimiento con el mundo árabe. Y ocurre esto precisamente en Marruecos, en donde tan a fondo y tan aviesamente había el jugado la carta de la hegemonía contra Francia, la cual, sin embargo, conserva allí una superior influencia gracias a los intereses materiales y culturales que ha sabido crear.

Se había propuesto el Caudillo —y lo había proclamado abiertamente— ser el intermediario entre las potencias occidentales y el mundo árabe que, en premio a sus halagos, había de hacerlo su apoderado general, depositando en él una respetuosa confianza. Nadie habría de tratar con el Islam sin pasar por su catolicismo caudillesco. En eso fundaba el Caudillo su brillante porvenir dentro de una política internacional en la que su autoridad de árbitro sería ineludible a la hora de resolver los grandes problemas del mundo. Así se imponía y así se venía de la misma que lo estipendia. Así quiso hacer cuando se ofreció enfáticamente para arbitrar el conflicto del canal de Suez.

Desde entonces, todo ha sido para él desengaños, apartamientos y pérdida de altura. Así ha venido a dar en esta sangrienta tragedia de Ifni que él, consciente de su fracaso, ha venido ocultando no sólo al pueblo sino hasta al propio Ejército, el cual, en el insatisfactorio desenlace de la larga empresa de Marruecos, responde al mismo tiempo como luchador y como gobernante.

Hoy, el régimen del Caudillo es vituperado por el propio Gobierno de Marruecos, y esos vituperios tienen eco en los demás países árabes a donde ha pocos años iban las embajadas extraordinarias con retratos dedicados. Aquellas fastuosas recepciones ofrecidas a reyes y personajes orientales, sólo son ya recuerdos pintorescos. De todo árabe, sólo le queda al Caudillo el recurso de envolver su ensangrentado fracaso en la ridícula teatralidad de su ensangrentado fracaso en la ridícula teatralidad de su guardia mora.

EL GENERAL HERRERA Y SU PROYECTO DE SATÉLITE

PARIS, (OPE). — Hace un año, antes de que satélites y cohetes adquirieran tan resonante actualidad, la revista «Le Génie Civil» publicó un interesante artículo de seis páginas en el que don Emilio Herrera explicaba con qué poco gasto podía Francia expedir un satélite artificial a 320 kilómetros de la atmósfera.

Este proyecto interesó a M. Francis Perrin, Comisario de la energía atómica, quien llamó a su despacho al general Herrera y le presentó a los generales Bergeron y Guérin, que se ocupan de estos estudios en relación con la Defensa Nacional de Francia. Una comisión de técnicos, designada por dichos generales, se encarga de estudiar el proyecto de don Emilio Herrera.

Hace tres meses, el 8 de agosto, «La Croix» publicó una entrevista con el general Herrera, de quien decía M. J. C. Soum en aquel diario católico: «Para todos los adeptos del más pesado que el aire, este hombre no es desconocido. Vistiendo el uniforme de piloto de la Escuela Aeronáutica española y en posesión del título de piloto militar número 1, don Emilio Herrera realizó en febrero de 1914 el primer enlace aéreo África del Norte-Europa, volando de Tetuán a Sevilla por encima del estrecho de Gibraltar. Si hoy este antiguo gentilhombre del rey Alfonso XIII está en París es porque, fiel a la República (por orden expresa de mi rey), me asegura se negó a...

(Pasa a la segunda página.)

RASGOS La capa del "Abuelo"

Con motivo del XXXII aniversario del fallecimiento de Pablo Iglesias, reproducimos el admirable artículo que Indalecio Prieto escribió en el cenenario del nacimiento del maestro.

AQUELLA fría mañana de diciembre de 1925, Fernando de los Ríos y yo íbamos juntos entre las primeras filas de inmensa muchedumbre que acompañaba el cadáver de Pablo Iglesias camino del cementerio civil de Madrid. Marchábamos silenciosos, recogidos dentro de nosotros mismos. Fernando de los Ríos rompió el silencio para decirme:

—Dos hombres han revolucionado por igual la conciencia española: don Francisco Giner y Pablo Iglesias. ¿No lo cree usted así?

Me volví, y contemplando el gentío que, como enorme mancha negra, cubría la calle de Alcalá, contesté:

—Temo que, muerto Iglesias, no pueda recogerse en toda su vastedad la fuerza que representa esta adhesión casi increíble que hoy se le rinde. Pasé mi mirada por cuantos formaban la presidencia del duelo y no encontré, ni sumándolos todos, la sustitución, aunque allí figurasen Besteiro, Largo Caballero y el propio De los Ríos. Ninguno, por altos que fueran sus méritos, tenía la atracción simbólica del «Abuelo», como cariñosamente llamábamos a Iglesias, atracción lograda en los tres cuartos de siglo de su intensa vida.

Realmente, yo había estudiado con tanta atención directa la pregunta de mi amigo, temiendo herirle. El era un universitario y yo un hombre de la calle. Él, en su calidad de intelectual, veneraba a Giner, que, además de pariente, había sido su maestro; yo, no había tenido más maestro que aquel cuyo cadáver seguía, y no podía medir con igual metro a los dos. Giner de los Ríos había conseguido ciertamente algunas incrustaciones liberales en la reaccionaria pedagogía española, pero nunca llegó —y no podía llegar desde el estrecho círculo en que se movía rigiendo la Institución Libre de Enseñanza— al corazón del pueblo. Su obra, desde luego meritoria, no alcanzó tanta hondura como la de Pablo Iglesias. ¿Hubiese Giner de los Ríos reunido nunca en torno suyo, ni vivo ni muerto, la multitud, constituida por gran parte del vecindario madrileño y por representaciones de toda España, congregada aquella mañana invernal para tributar homenaje a Iglesias?

Al volver del entierro, me puse a escribir un artículo acerca del acto en que acababa de participar. Sobre la mesa tenía «El Debate» que, de conformidad con las manías sinuosas de su director, don Angel Herrera, dedicaba varios renglones despectivos a Pablo Iglesias. Posee, achacándole falta de cultura, aquel suelto del diario católico un sirvió de tema. ¿En qué Universidad —pregunté a «El Debate» — cursó Jesús de Nazaret? ¿Y qué aulas frecuentaron los doce apóstoles?

Distaba Iglesias de ser hombre inculto, si bien su cultura habría podido ser mayor, dada su luminosa inteligencia. Pero cabía reprochárselo, ni con caridad ni con justicia, el no haberla ampliado más? Paralelo reproche resultaba necesario olvidar su dramática infancia de huérfano y hospiciero, su mocedad de tipógrafo, inhumanamente explotado en largas jornadas de trabajo sin margen para el estudio, pues apenas permitían breves horas de sueño, y olvidar el resto de su vida, consagrada por entero a tareas tan espinosas como organizar y alentar a los trabajadores españoles, de quienes fué gran educador. Supo enseñarles grandes verdades: que se les había viciado...

Decía Carlos Marx...

Nosotros no somos de los que quieren aniquilar la libertad personal y hacer del mundo un gran cuartel o un gran taller. Existen, en verdad, comunistas que se atienden a eso cómodamente, y que niegan y quieren suprimir la libertad personal, que, a su parecer, cierra el camino a la armonía. Pero nosotros no tenemos ningún deseo de comprar la Libertad al precio de la Libertad. — («Kommunistische Zeitschrift», edición del Manifiesto Comunista, anexo página 144.)

mas de tremenda injusticia social, que se les arrebatara inicuamente buena parte del producto de su trabajo, que tenían derecho a que sus hijos no vivieran en la miseria, en fin, esas verdades que hoy re-

Por Indalecio PRIETO

conoce todo el mundo y que entonces valían befas, injurias y calumnias.

El escarnio no corría a cargo exclusivamente de sectores de derecha. Solía ser más denso y más constante de parte de anarquistas y republicanos. Si se repasaran viejas colecciones de periódicos ácratas se encontrarían ataques tan virulentos contra los socialistas como contra los capitalistas. En opinión del anarquismo, Iglesias y cuantos le seguían eran miserables embaucadores de la clase proletaria,

Pablo Iglesias



Hace treinta y dos años, el 9 de diciembre de 1925, murió en Madrid Pablo Iglesias. A su limpia inscripción en la historia de España no le ha faltado ni siquiera el honor de que su memoria haya sido ofendida por el régimen más ominoso que padeció nuestra patria. La permanencia de su obra se revela ya y se hace luz en el generoso entendimiento de una juventud que, rompiendo el cerco de las mentiras, pone flores en su tumba. Esas flores, que son recuerdo y su promesa, cuajarán en una espléndida fructificación de la dignidad española.

Sobre Pablo Iglesias De un alto poeta que fué alta conciencia

«Lo cierto es que las palabras de Iglesias tentan para mí una autoridad que el orador había conquistado con el fuego que en ellas ponía, y que implicaban una revelación muy profunda para el alma de un niño. De todo el discurso, en que sonaba muchas veces el nombre de Marx y el de algunos otros pensadores no menos ilustres, que no podía yo entonces valorar —hoy acaso tampoco—, sacaba yo esta ingenua conclusión infantil: «El mundo en que vivo está mucho peor de lo que yo creía. Mi propia existencia de señorito pobre reposa, al fin, sobre una injusticia. ¿Cuántas existencias más pobres que la mía hay en el mundo, que ni siquiera pueden aspirar, como yo aspiro, a entreverir algún día, por la propia mano, las puertas de la cultura, de la gloria, de la riqueza misma! Todo mi caudal, ciertamente, está en mi fantasía, mas no por ello deja de ser un privilegio que se debe a la suerte más que al mérito propio.»

«Hace ya algunos años que la voz de Pablo Iglesias ha enmudecido para siempre. Yo la oí por segunda y última vez la tarde en que pedíamos amnistía para los ilustres encarcelados de Cartagena. Llegados al monumento a Castelar, donde la manifestación debía disolverse, encaramado en el alto pedestal vimos aparecer a Pablo Iglesias que nos dirigía la palabra. Las multitudes aplaudían. La voz del orador, algo parda y enronquecida con aliento difícil de fuerte viejo era todavía —para mí, al menos— la voz del compañero Iglesias, porque en ella aún vibraba aquel su acento inconfundible de humanidad auténtica.»

ANTONIO MACHADO (Del artículo «Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias».)

«dormideras», según epíteto de moda. Para los republicanos, Iglesias estaba vendido a la monarquía, percibiendo subvenciones del fondo de repites, denominación dada a los fondos secretos reparti-

de los republicanos tenían arraigo, uníanse invariablemente contra los socialistas.

Tales enconos que desde cerca aparecieron más bruscos, contribuyeron a acrecer su asperidad política, acentuando el retraimiento y la separación respecto de anarquistas y republicanos? Probablemente. Sin embargo, correspondía a su carácter la rigidez, y por ella aparecieron más bruscos sus evoluciones tácticas. Los primeros socialistas españoles expatriados —luego los ha habido a miles— fueron tres condejes de Bilbao: Facundo Perezagua, Felipe Carretero y Toribio Pascual que pasaron la frontera pirenaica a raíz de condenarlos un Consejo de guerra. Iglesias censuró aquella expatriación porque, a su juicio, debieron haber ido los tres a presidio. Y cuando después las esposas de los dos primeros y la madre del último firmaron una solicitud de indulto, se enfadó más.

La primera coalición de republicanos y socialistas de ciertaerte, quebrantando cánones estatutarios, el año 1907 para unas elecciones de diputados provinciales en Bilbao. Entre dos candidatos republicanos, va Facundo Perezagua, íntimo amigo de Iglesias. Este protesta vehementemente. Pero dos años más tarde, tras el fusilamiento de Francisco Ferrer, habrá de patrocinar la Conjunción Republicano-Socialista y la defenderá obstinadamente mientras muchos correligionarios, cansados de ella, quieren deshacerla. Y merced a la Conjunción, tendrá acceso en 1910 al Congreso, donde permanece como único diputado socialista hasta que en 1918, Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit, Daniel Anguiano y yo acudimos a secundarle. Llegamos muy a tiempo, pues ya el maestro, empadronado en la lista, apenas podía acudir a las sesiones parlamentarias. Antes de 1910 el único contacto electoral con los republicanos admitido por Iglesias fué que los federales madrileños cubrieren requisitos legales para que él y Jaime Vera pudieran presentar su candidatura que recogía varios centenares de sufragios.

Con idéntica brusquedad saltó desde su implacable crítica del atentado personal a predicarlo, entre tempestuosas protestas, en el Congreso contra don Antonio Maura, acusado juntamente con Lacierva, de la desmedida represión del año 9 en Barcelona.

Por primera vez habla desde tribuna —no exclusivamente obrera en una conferencia en la Asociación de la Prensa de Madrid, invitado por el primer presidente de esta, don Miguel Moya. Luego ocupa otras tribunas con oradores republicanos, e incluso monárquicos liberales, para protestar contra los tormentos infligidos a varios anarquistas barceloneses en la fortaleza de Montjuich, tormentos que vengó Anguillón matando a Cánovas.

Y por primera vez su pluma rebasa las columnas de los periódicos del Partido para colaborar en «Vida Nueva», semanario que fundan escritores de la llamada generación del 98 y donde se da a conocer Ciges Aparicio publicando sus memorias de preso en Cuba, y donde escriben Pio y Ricardo Baroja, Ramiro de Maeztu, Rodrigo Soriano, Vicente Blasco Ibáñez... Pero agredido desde las mismas páginas de «Vida Nueva» por José Naveas, caudillo del republicanismo anticlerical, Iglesias retira su colaboración y se recluye de nuevo periodísticamente en EL SOCIALISTA.

Subsisten todavía entonces grotescas e infamantes leyendas: el «Abuelo» viste costosos abrigos de pieles, de los que se despoja cuando aparece ante asambleas de trabajadores. (Pasa a la segunda página.)

AVISO

Nos envía la Sección UGT de Poissy, Seine et Oise, la siguiente nota para su publicación en EL SOCIALISTA: «En estos días recorre un español la región de París presentándose en casa de los comunistas como combatiente de la guerra de Indochina, haber estado en la Legión, poseer una pensión del Gobierno francés y otras muchas cosas más que cuenta. Con este engaño se vale para sacar a los españoles dinero. Su edad será unos 30 o 40 años, y como equipaje sólo lleva una cartera en la mano. En estos momentos se encuentra en Poissy, después de pasar por Les Mureaux.»

De España El alza de los precios y la política del avestruz

Por José Barreiro

EL señor Ullastres lucha contra el alza de los precios. Al menos, da esa sensación. Importa jamón de York y dispone que se venda a 100 ptas. kg. para obligar al jamón cocido de producción nacional a descender de los nubes por donde anda actualmente. Importa carne congelada y dispone se venda a 48 ptas. kg. —la de primera—, precio que está muy por encima de las 32 ptas. del salario diario de un peón, quien ha de consolarse, en el improbable caso de que le dé por comer carne, con las piltrafas de la de tercera que cuestan a 23 ptas. kg. Las de segunda cuestan a 36. Como las tres clases son de condición frígida, en la circunstancia, ni siquiera la de más bajo precio calienta a la grey proletaria. Tampoco es a la grey proletaria adonde van los seguros beneficios de las licencias de importación. Corre de boca en oído que los aguerridos generales, faltos de geminas ocupaciones bélicas, libran verdaderas batallas para conseguir estas rentables licencias.

A la postre, no se sabe si la política de importación tiene por objetivo luchar contra el alza de los precios o abastecer de buena pianza a los mal pagados generales del Ejército español. Este clandestino plus de mando no es el único que beneficia a los altos mandos de las fuerzas militares españolas. Desde las jefaturas de los Sindicatos, pasando por las empresas estatales y paraestatales, hasta los Consejos de Administración de las sociedades anónimas industriales y bancarias, la selva franquista ofrece muy buenos y ricos cazaderos a los desocupados generales. Si, de día en día, el imperio africano ofrece menos ocasiones de reducir el pienso a los caballos y el rancho a los soldados, el señor Ullastres habrá tomado a su cargo, por caudillal designio, suplir aquellas ocasiones a cuenta de las licencias de importación.

Lo grave es que tras cada licencia hay un agujero por donde se van las pocas divisas que dispone el Instituto Nacional de Moneda Extranjera. Es indudable que el impacto de las importaciones es saludable medida contra el alza de los precios; pero es una política sostenible sólo a corto plazo, para remediar carencias circunstanciales; mas cuando esas carencias son permanentes, ya por una producción deficitaria o por padecer una organización monopolística de la producción, la política de importación es insostenible en un Estado como el franquista que liquide todos los años la balanza comercial con déficit considerable. (Pasa a la segunda página.)

P.S.O.E. U.G.T. COMITES DEPARTAMENTALES (B.-du.-Rh.) El domingo 15 de diciembre de 1967, a las diez de la mañana, tendrá lugar en Saint Henri, 3, Bd. d'Annam, Bar Subalpín, para conmemorar el XXXII aniversario del fallecimiento de nuestro fundador Pablo Iglesias, un Gran Acto Público En el que tomará parte GABRIEL PRADAL de las Comisiones Ejecutivas del P.S.O.E. y de la U.G.T. Director de EL SOCIALISTA. El acto será presidido por: Edelmíro Moreda Vega Presidente del C.D. del P.S.O.E. y miembro del C.D. de la U.G.T. Quedan invitados todos los españoles del departamento a este acto en memoria de uno de los hombres a quien más debe admiración y afecto el pueblo español y, principalmente, la clase obrera.

Comentario En Carabanchel del Caudillo

EL «Diario de Barcelona» publica unas crónicas de Madrid muy bien presentadas y hasta ilustradas con una viñeta heráldica. Las envía don Luis de Armiñán para enterar a los barceloneses de tal o cual acontecimiento interesante o curioso que ocurre en la capital de España. De esta capital y de su municipio forma parte Carabanchel, y allí es donde el señor Armiñán ha hecho ciertas observaciones que han motivado su crónica del 29 de octubre.

Sabido es que no pocos propietarios de fincas urbanas, para mejorar sus rentas y aumentar el tipo de interés del capital invertido, quisieran de buena gana levantar en sus casas una o más plantas sobre la altura límite fijada por las Ordenanzas Municipales según la anchura de la calle. Antes, esa infracción de las Ordenanzas no se intentaba siquiera, pues los constructores sabían que no había un alcalde de Madrid capaz de saltarse a ese respecto el informe denegatorio de un arquitecto municipal. Eran los tiempos anteriores a la «Cruzada», cuando el pueblo tenía derecho de elección. Tiempos malditos, como se sabe.

Ahora, ya es otra cosa. Las funciones municipales se ejercen por delegación provincial, y las decisiones no son severamente rígidas, sino circunstanciales y adaptadas a los mercedamientos de cada cual. El señor Armiñán lo ha advertido en un cierto fenómeno que denuncia así: «En Carabanchel se ha implantado una moda que hace llorar y que suponemos que tendrá su réplica en otros sitios.»

Notemos en esas palabras, que el articulista se considera con motivos para suponer que esa «moda», como él la llama no es solo cosa de Carabanchel, sino también de otros sitios; es ello como pensar que, para esos efectos, toda España es Carabanchel. Pero veamos cuál es la moda. El señor Armiñán la expone literalmente así: «Cuando un señor quiere poner a su casa dos o tres plantas más de las que autorizan las ordenanzas, hace un donativo a la Beneficencia Municipal y en agradecimiento se le autoriza el asunto.»

He ahí un buen procedimiento que no sólo aumenta las rentas pecuniarias, sino que ofrece a los capitalistas la ocasión de una rentabilidad ultraterrena como premio a una caritativa inversión de fondos en esa Beneficencia Municipal en donde la mano derecha de la Administración no debe saber lo que hace la mano izquierda. Pero no es ese el único camino que se ofrece a quien pretende un excepcional trato de favor. El señor Armiñán continúa diciendo: «Resulta también que algunos que tuvieron algo así como representación municipal y que se dedican a estos asuntos, se valen de sus amistades para doblar a su favor las pobres ordenanzas.»

No se podrá negar que este segundo procedimiento es, por lo menos, tan bueno como el otro, y que los beneficios que el refranero promete a quien a buen árbol se arrima, nunca fueron mejores que los que se ofrecen a quien se arrima a uno de esos influyentes gestores que, para ocupar cargos de representación, fueron tocados por la mano del Caudillo.

Impresiona en todo esto la firmeza de cosa indudable con que el señor Armiñán señala esa presente realidad española que él concreta en Carabanchel. Algunos creen ver en sus palabras una censura, pero ello no parece admisible. Más bien puede suponerse lo contrario, y acaso debe verse en tan concreta, determinada y localizada exposición una muestra ofrecida al pueblo para que compare esta encantadora y caudillal justicia administrativa con la de aquellos tiempos en que los concejales eran elegidos por el pueblo. Tiempos bárbaros, ¿verdad? Pericles GARCIA

# España, "sputnik" y Estados Unidos

(Crónica publicada por el periódico "Sputnik" de Ginebra el 21-8-55. Corresponsal en Madrid señor Richard-S. Mowrer.)

El régimen de derecha del general Franco está en trance de liquidar la guerra fría con la Rusia comunista. Hace ya algún tiempo que esa tendencia se manifiesta entre bastidores. El movimiento se ha acentuado después del lanzamiento de los satélites soviéticos.

Al mismo tiempo, el prestigio norteamericano baja aquí fuertemente. Un chaparrón de críticas fluye sobre Estados Unidos. Eso lo ha traído la estela del "Sputnik" y es el general Franco quien lo ha desencadenado.

La prensa, controlada por el Gobierno, ha seguido el movimiento.

La influencia de los éxitos científicos rusos sobre la prensa oficial española está subrayada por los hechos siguientes:

El 7 de octubre, o sea tres días después del lanzamiento por los rusos de su primer satélite artificial, el general Franco pronunció un discurso en que, por primera vez, esbozó un paralelo entre el régimen soviético y el de España para demostrar que se trata de regímenes autoritarios fundados sobre el orden y la disciplina. Dijo:

«No podemos negar la trascendencia política de que una nación, cualquiera que haya sido, hubiese logrado lanzar su primer satélite artificial. Esto no hubiera podido lograrse en la Rusia vieja. Forzosamente tenía que ocurrir en la Rusia nueva. Las grandes obras necesitan para lograrse unidad política y de disciplina. Nos agrada o no, esto no podía realizarse en países divididos o en países sin orden.»

«No hemos de cegarnos con las pasiones y hemos de separar de lo malo lo que tiene un valor efectivo y real. Y yo afirmo que ese valor efectivo fue la unidad política, la continuidad, la autoridad y la disciplina.»

Este homenaje sin precedentes a la Unión Soviética fue seguido por lo que los diplomáticos, aquí, consideran como una bofetada a Estados Unidos. En ese mismo discurso, el general Franco declaró:

«Se asegura, y yo creo que es cierto, que cuando Truman anunció en Potsdam a sus aliados la posesión de la bomba atómica, que iba a ser lanzada sobre el Japón, dijo Stalin un puñetazo sobre la mesa y dijo: «¡Ah!, si tenéis esto, ¿por qué habéis hecho que Rusia se desangrase en sus avances? Exijó que nos enseñéis y nos mostréis todos los avances técnicos que habéis conseguido.» Y, efectivamente, con aquella ingenuidad e inocencia, que la Historia sin duda recogerá, enseñaron al coloso ruso todos los secretos de la energía atómica y los resultados de las investigaciones alcanzadas en los Estados Unidos.»

Las palabras del Caudillo sorprendieron evidentemente a la censura: pasaron veinticuatro horas antes de que el discurso pudiera ser reproducido en los periódicos extranjeros.

El mismo día, el periódico «Hoja de Lunes» publicaba la más mordaz crítica de Estados Unidos que haya visto la luz desde la firma de la alianza hispanoamericana en 1953. Decía:

«El lanzamiento, por la Unión Soviética, del primer satélite artificial significa una seria pérdida de prestigio para Estados Unidos, quien, luego de haber llevado a cabo una formidable campaña para anunciar cómo ellos lanzarían su satélite en la primavera próxima, han sido batidos por los sabios rusos. Sería buena idea para los americanos meditar la lección recibida y renunciar, en lo futuro, a su sistema de propaganda sensacional; no vender la piel del oso antes de haberlo matado.»

Sin duda, la crítica era merecida. Mas lo que le da toda su significación es el hecho de que, en el régimen español, no podía ser publicada sin aprobación oficial.

La propaganda norteamericana ha sufrido otro fracaso cuando los periódicos españoles tomaron para ilustrar las informaciones concernientes al éxito ruso, las fotografías de satélites americanos que les habían sido suministradas unas semanas antes por la USIS, para ilustrar las informaciones referentes al éxito ruso.

Por primera vez en el régimen de Franco, la «Pravda» fue vendida en las calles de Madrid, bajo la forma de una reproducción en los periódicos españoles de la primera página del rgano comunista que daba informaciones del «Sputnik». Los periódicos españoles han sido igualmente autorizados a reproducir los diagramas soviéticos relativos a los cohetes de los satélites. Las explicaciones estaban en lengua rusa. Antes del «sputnik», nada de esto habría podido ocurrir. Cuando Stalin murió en 1953, los periódicos españoles no recibieron autorización para publicar su retrato ni el de cualquier jefe soviético.

Por primera vez en el régimen de Franco, se ha organizado en Madrid una conferencia de prensa con ciudadanos soviéticos, en esta ocasión con los sabios rusos que habían participado, en Barcelona, en el Congreso del Año Geofísico Internacional. No pasó nada de sensacional en esta reunión; pero los reporteros de Madrid, habituados a menos libertad, tuvieron evidente placer en entrevistar a rusos comunistas.

El 12 de octubre, el embajador español en Washington, José María de Arellano, dió una recepción por el Día de Colón. Los diplomáticos soviéticos estaban allí, invitados por vez primera. Los embajadores de Polonia y Checoslovaquia hablaban igualmente presentes.

España está en gestiones de negociar un tratado comercial de veinticinco millones de dólares con la Alemania del Este. Los negociadores españoles están en contacto con representantes del Gobierno checoslovaco.

Pero estas manifestaciones sobrehumanas después del lanzamiento de los «sputniks» y que testimonian una menor hostilidad respecto al bloque soviético, no deben hacer olvidar que el régimen de Franco aborrece la ideología comunista y teme la potencia rusa.

Mas hay que tomar también en consideración lo que los partidarios de Franco llaman el «realismo diplomático». Es posible, a largo plazo, que si los Estados Unidos sufren un fracaso ante los rusos en la carrera hacia el espacio, España renuncie a la alianza americana y retorne a la neutralidad.

Richard-S. MOWRER

# La capa del "Abuelo"

(Viene de la primera pag.)

Hacienda, mandé yo editar y que sirvió para franquear de cartas del interior durante el régimen republicano, estampilla que, además de interés histórico, tiene el artístico de ser una de las mejor dibujadas y troqueladas. De discursos de Iglesias sólo existía un folleto y será punto menos que imposible encontrar ejemplares, reproduciendo, aunque no copia-

da íntegramente, su controversia en Santander con el federal Coll y Puig, director de «La Voz Montañesa».

«Mas aunque se dispusiera de todos sus discursos, no servirían para biografiar al «Abuelo», porque lo mejor son los millares y millares de cartas que nos dirigía a todos, con cualquier motivo, para alocucionarnos. Isidoro R. Ace-

vedo ha recogido en un tomo cien millones—un entrañable amigo, a quien agradezco semejante rasgo de afecto, como agradezco los demás bibelots el gesto de no compararse nadie a las tres subastas que anunció el Juzgado.

Falto de salud para otras actividades, Pablo Iglesias se limitó sus últimos años a escribir. Ya ni siquiera presidía en su domicilio a las Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, sentadas en derredor de la mesa de humilde comedor, colindante con el dormitorio.

Este —una habitación dividida a la italiana— tenía la parte delantera dedicada a despacho. Cuando el «Abuelo» podía abandonar el lecho y vestirse, acerbábase al balcón, pegada a cuyos vidrios hallábase su mesa de trabajo, frente a estantes llenos de libros. Amparo, su mujer, le mullía el cojín de un sillón de mimbre, con arribagala las piernas con una mantita. Le arreglabla la bufanda y le encasquetaba la gorra de visera, de color claro. Iglesias se ponía a escribir con letra de trazos firmes, menuda y clara, en renglones rectos, bajo los cuales sólo su firma formaba una línea algo inclinada.

Así le vi por última vez, pareciéndome la sombra del de antes, de aquel que conociendo yo un niño, y al que acompañe a actos de propaganda en la zona minera de Vizcaya. Su barba rubia de antaño, habíase vuelto de un blanco azulado; sus mejillas, perdiendo todo carmín, tenían de palidez; el rostro, lleno de arrugas... Sólo seguían siendo los de siempre el marfil brillante de sus dientes y el azul intenso de sus ojos... En una percha, al fondo del cuarto, la capa marrón oscuro, que ya no colgaría más de sus hombros para envolverle mientras caminara lentamente por el Paseo de Rosales, tomando el sol y recibiendo el saludo conmovido de obreros y oficinistas, destacados respetuosamente a su paso.

El 18 de este mes cumpliese el centenario de este varón excepcional, nacido el 18 de octubre de 1850 en El Ferrol. Vió Pablo Iglesias Posse tres cuartos de siglo justos. Lo considero el español más eminente de su época, aunque en política haya habido otros más sabios y tan virtuosos como él. Le superaron en sabiduría y le igualaron en virtud Costa, Salmerón y Pi y Margall. ¿Pero quién realizó obra más eficaz, extensa y profunda que la suya? Ahora esta obra aparece oscurecida por el auge hollín de la humareda falangista. Nuevos vientos arrastrarán ese hollín y el magnífico edificio lucirá de nuevo, más majestuosamente que nunca.

Indalecio PRIETO

San Juan de Luz, XI-1950.

Madrid, 1957.

## EL GENERAL HERRERA Y SU PROYECTO DE SATELITE

(Viene de la primera pag.)

la vuelta a la tierra en 90 minutos. Calcula el general Herrera que para lanzar este globo haría falta un cohete de tres pies con 17 metros de altura y 27 toneladas de peso, estimando que la mejor base de lanzamiento sería el Observatorio del Monte Blanco.

Después de otros interesantes detalles, la información de «La Croix» termina con este párrafo: «Tal es, pues, el satélite artificial que estudian, en el mayor secreto, un grupo de matemáticos, de físicos y de ingenieros de la Defensa Nacional. Es de observar que Bélgica y Suiza se interesan mucho por el proyecto del ingeniero español. Los belgas quisieran incluso presentar al público una maqueta de tamaño natural del cohete, en la Exposición Universal que el año próximo se celebrará en Bruselas.»

La política de crédito exterior

El alza de los precios y la política de avestruz

(Viene de la primera pag.)

Esas medidas u otras, pues no pretendemos tener el monopolio de la verdad y de la eficacia, encaminadas igualmente a corregir las causas originadoras de precios altos e inflación, cada día aparecen como más urgentes y deseables. Deseables para todos los españoles por cuanto que hoy se sufren ya las consecuencias bajo el despotismo franquista y mañana habrá de soportarlas cualquier otro régimen que le suceda. En última instancia, serán siempre los españoles, singularmente las clases media y proletaria, los que paguen duramente las consecuencias.

Y no tiene sentido fundar serias esperanzas en que el próximo futuro aporte sensibiles mejoras a la balanza del comercio exterior. La Dirección General de Aduanas acaba de publicar el resultado de los cinco primeros meses del año en curso. De él se desprende que el valor de las importaciones supera (en los cinco meses) al de las exportaciones en 585,5 millones de pesetas oro, contra un déficit de 351,7 millones en igual período de 1956. Por consiguiente resultan vanas las esperanzas que el señor Ullastres propala en sus discursos. Vanos esfuerzos que dice realizar para enmendar el curso ruinoso del comercio exterior de España. Como resultarán vanos los intentos de impedir el sentido alcista de los precios a fuerza de importaciones de choque, por cuanto que no es posible importar en la cantidad que habría de ser eficaz, ni el valor en divisas de semejante intento lo puedan soportar las reservas de oro y divisas de que disponga el Estado español.

La política de crédito exterior

El alza de los precios y la política de avestruz

(Viene de la primera pag.)

En presencia de una situación como la de España, sólo se pueden practicar dos remedios eficaces: o una profunda reforma en la estructura de la producción y de la distribución, o practicar una severidad draconiana en los precios, en los márgenes comerciales de beneficios y en el establecimiento de un sistema equitativo de racionamiento de los artículos de producción deficitaria.

En la reforma de estructura habría que liquidar todas las formas monopolísticas de la producción y de la distribución. Habría que atacar energicamente todas las formas de la atomización y vetustez en ambos sectores —producción y distribución— ya que monopolio, oligopolio, vetustez y atomización, unidos al excesivo gasto público y a una inversión alocaada, encierran las verdaderas causas del alza de los precios y en ellos radican los factores de la inflación que nos lope que sufre España.

La estrecha fiscalización de los márgenes comerciales de beneficio implica el establecimiento de una tasa progresiva y proporcional imputable únicamente a las ganancias abusivas. En cambio, el Estado habría de subvencionar aquellas producciones agropecuarias cuyos rendimientos no bastarían a las necesidades del país; producciones susceptibles de ser acrecidas por estímulos en la rentabilidad, modernización y transformación —contra monopolismo y atomización— en unidades económicas de factura rentable y racional, pues si lo excesivamente grande encierra dañosos defectos, lo pequeño, en lo económico, tampoco es aconsejable.

La política de crédito exterior

El alza de los precios y la política de avestruz

(Viene de la primera pag.)

En presencia de una situación como la de España, sólo se pueden practicar dos remedios eficaces: o una profunda reforma en la estructura de la producción y de la distribución, o practicar una severidad draconiana en los precios, en los márgenes comerciales de beneficios y en el establecimiento de un sistema equitativo de racionamiento de los artículos de producción deficitaria.

# Ejemplos de otros países

(Tomado del diario «Le Peuple» de Bruselas.)

## Los católicos en Norteamérica

RODEADOS DE DESCONFIANZA

En el mismo artículo, el «Standard» señala que los católicos norteamericanos son objeto de cierta desconfianza. Se les reprocha ser papistas, es decir, sometidos al poder temporal del Vaticano antes de ser americanos. Los americanos sienten, dice el «Standard», una verdadera angustia ante la idea de que un católico pueda alguna vez llegar a ser Presidente de los Estados Unidos.

El mismo «Standard» recuerda que este sentimiento antipapista es tal en Estados Unidos que se ha creado allí una Iglesia nacional polaca que agrupa 250.000 miembros y no reconoce la autoridad del Papa.

Los católicos estadounidenses no tienen ni un solo diario. Los católicos norteamericanos —añade el «Standard»— se guardan con la mayor prudencia de mezclar su catolicidad en la política porque el menor pretexto podría servir para reprochárselos que quieren hacer prevalecer la influencia católica.

He ahí unos católicos generosos, inteligentes, prudentes y plenos de tacto. Se podría útilmente ponerlos como ejemplo a ciertos cléricales...

El «Standard», por su parte, estima que este estado de cosas debe cambiar. Uno se pregunta para qué. Gracias a ese sistema, que es el sistema ideal, no existen guerras religiosas en Estados Unidos. Ni guerras escolares...

## Lo que nos dicen que allí pasa

COMO son tantas las personas que vienen a Francia, de una forma o de otra, resulta casi imposible hacer un viaje en el tren sin que se oiga hablar español.

Cierto día me encontré con una familia compuesta de tres personas. Su acento no era del Norte, ni mucho menos. Como soy un poco fisgón, procuré meter baza y mezclarme en su conversación. Era un grupo de jóvenes. A mis primeras preguntas, la mujer me contestó con otras preguntas: «¿Llevará usted aquí muchos años? Desde que perdimos la guerra estoy aquí como otros muchos en calidad de refugiado.» «¿Qué suerte tuvo? Yo tenía nueve años, me responde; no se me olvidará nunca lo que en ella pasamos y resulta que después de tantos años que se acabó, no podemos vivir. A los viejos se les oye decir que están muchísimo peor que antes con la República. Fíjese que trabajamos los dos y no podemos llegar.» Cuando les explico las condiciones en que nos encontramos los obreros en Francia, un resplandor de tranquilidad se aprecia en las caras de sufrimiento de aquellas pobres gentes. Al menos aquí podrán comer.

En otra ocasión me encontré con un grupo de compatriotas, y trabé conversación con ellos: «Ahorra les iría bien a ustedes con los americanos?» Se miran unos a otros como recelando de mí. Entonces yo me descubrí para que desapareciera el recelo y a seguida dice uno a otro: «Cuenta, cuéntale lo de los americanos; Verá usted lo que pasó un día. Entraron dos de ellos en un bar y después que pidieron lo que les apetecía, uno sacó un paquete de pitillos y los tiró por el suelo. Cuando vio que nadie se agachaba a recogerlos, empezó a gruñir. Entonces uno de los clientes se levantó y con una pipa en la mano les dijo: «Ya están cogiendo esos pitillos con la boca.» Una vez que los habían recogido, los dos americanos tuvieron que irse con las orejas gachas.

A los pocos días, en otro bar, entró un grupo de cinco o seis. Uno de ellos dió una moneda de cinco dólares para pagar. Como la vuelta se diose en papel moneda español y éste hiciese mucho volumen, simulando tirar la coquilla de un pitillo, tiró a su vez los billetes, y se puso a pisotearlos. Los clientes se dieron cuenta de la maniobra y, sin esperar a más, le emprendieron con todos a castañetas.

Viendo cómo recibía yo esas noticias, otro dice: «Cuéntale lo más serio. No te asustes, hombre, que ahora estamos en Francia. Cuando volvamos será otra cosa.» «Bueno, verá usted; ya sabrá que los americanos están haciendo ciertos trabajos en España; pues resulta que un día pasa un mandamás de esos por el trabajo y sin pedirle explicaciones, le da un puntapié a un obrero y con la pala que tenía en la mano, escudó un palazo y el americano cayó redondo. Lo que al obrero español le habrá pasado, no lo sabemos.»

Se hizo una pausa y saltó otro con otra cosa: «¿Y lo del Baracaldes? Como usted ya llega a su destino, se lo voy a contar deprisa. Resulta que como somos tantos los obreros, llegamos a Vizcaya en busca de trabajo. Un día había un grupo descansando en los bancos de la plaza; y frente, un grupo de jóvenes, y uno de los recién llegados se metió hasta ellos preguntándoles si sabían de una posada.

JUBILEO PARLAMENTARIO

La semana pasada al término de una de las sesiones, el Cámara de diputados de Bélgica conmemoró las bodas de plata parlamentarias —veinticinco años de ejercicio de nuestros compañeros Buset, Colard, Hoyaux, Hossey y Craeybeckx y de los señores Mundeleir y De Guchteneire— (un socialista y un socialista y un liberal).

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

# Lo que nos dicen que allí pasa

COMO son tantas las personas que vienen a Francia, de una forma o de otra, resulta casi imposible hacer un viaje en el tren sin que se oiga hablar español.

Cierto día me encontré con una familia compuesta de tres personas. Su acento no era del Norte, ni mucho menos. Como soy un poco fisgón, procuré meter baza y mezclarme en su conversación. Era un grupo de jóvenes. A mis primeras preguntas, la mujer me contestó con otras preguntas: «¿Llevará usted aquí muchos años? Desde que perdimos la guerra estoy aquí como otros muchos en calidad de refugiado.» «¿Qué suerte tuvo? Yo tenía nueve años, me responde; no se me olvidará nunca lo que en ella pasamos y resulta que después de tantos años que se acabó, no podemos vivir. A los viejos se les oye decir que están muchísimo peor que antes con la República. Fíjese que trabajamos los dos y no podemos llegar.» Cuando les explico las condiciones en que nos encontramos los obreros en Francia, un resplandor de tranquilidad se aprecia en las caras de sufrimiento de aquellas pobres gentes. Al menos aquí podrán comer.

En otra ocasión me encontré con un grupo de compatriotas, y trabé conversación con ellos: «Ahorra les iría bien a ustedes con los americanos?» Se miran unos a otros como recelando de mí. Entonces yo me descubrí para que desapareciera el recelo y a seguida dice uno a otro: «Cuenta, cuéntale lo de los americanos; Verá usted lo que pasó un día. Entraron dos de ellos en un bar y después que pidieron lo que les apetecía, uno sacó un paquete de pitillos y los tiró por el suelo. Cuando vio que nadie se agachaba a recogerlos, empezó a gruñir. Entonces uno de los clientes se levantó y con una pipa en la mano les dijo: «Ya están cogiendo esos pitillos con la boca.» Una vez que los habían recogido, los dos americanos tuvieron que irse con las orejas gachas.

A los pocos días, en otro bar, entró un grupo de cinco o seis. Uno de ellos dió una moneda de cinco dólares para pagar. Como la vuelta se diose en papel moneda español y éste hiciese mucho volumen, simulando tirar la coquilla de un pitillo, tiró a su vez los billetes, y se puso a pisotearlos. Los clientes se dieron cuenta de la maniobra y, sin esperar a más, le emprendieron con todos a castañetas.

Viendo cómo recibía yo esas noticias, otro dice: «Cuéntale lo más serio. No te asustes, hombre, que ahora estamos en Francia. Cuando volvamos será otra cosa.» «Bueno, verá usted; ya sabrá que los americanos están haciendo ciertos trabajos en España; pues resulta que un día pasa un mandamás de esos por el trabajo y sin pedirle explicaciones, le da un puntapié a un obrero y con la pala que tenía en la mano, escudó un palazo y el americano cayó redondo. Lo que al obrero español le habrá pasado, no lo sabemos.»

Se hizo una pausa y saltó otro con otra cosa: «¿Y lo del Baracaldes? Como usted ya llega a su destino, se lo voy a contar deprisa. Resulta que como somos tantos los obreros, llegamos a Vizcaya en busca de trabajo. Un día había un grupo descansando en los bancos de la plaza; y frente, un grupo de jóvenes, y uno de los recién llegados se metió hasta ellos preguntándoles si sabían de una posada.

JUBILEO PARLAMENTARIO

La semana pasada al término de una de las sesiones, el Cámara de diputados de Bélgica conmemoró las bodas de plata parlamentarias —veinticinco años de ejercicio de nuestros compañeros Buset, Colard, Hoyaux, Hossey y Craeybeckx y de los señores Mundeleir y De Guchteneire— (un socialista y un socialista y un liberal).

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

Colocáronse los sillas en semicírculo ante el presidente, mientras sus familias tomaban asiento en la tribuna de los cuestionarios. Unas cincuentas operaron desde la tribuna de los grados cuando los veteeranos penetraban en el hemiciclo.

EL TEMA DE TODOS

El problema español

URANTE las interminables horas de meditación a que nos tiene sometido a todos el llamado problema español, yo me he planteado muchas veces esta pregunta: ¿Es que las soluciones propuestas por el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores podrán conducirnos a la abolición de la tiranía franquista y al establecimiento de una verdadera democracia en España? La contestación, tantas veces como me he formulado la pregunta, ha resultado negativa.

Y no porque yo considere que la fórmula propuesta por el Partido y la Unión —aceptada ya por todos los grupos republicanos del exilio y por la CNT— sea revolucionaria a tal grado que haga previr cambios grandes y radicales tanto en el orden político como en el social y económico. Los mensajes resultantes de nuestros últimos Congresos, político y sindical, confirmados por los documentos de la última reunión del Comité Director del Partido y del Consejo General de la UGT, prueban hasta qué punto nos esforzamos en dar la sensación de que no pretendemos otra cosa que ver instalada en nuestro país una verdadera democracia con un contenido social que aproxime España a los países donde el nivel de vida de la clase trabajadora es muy superior al que disfrutaban los trabajadores españoles.

La solución del problema español no depende, a mi juicio, de una cuestión de signo institucional ni del miedo a los avances sociales que la clase trabajadora reivindique el día que esté en condiciones de hacerlo. Los partidarios del signo institucional saben que puede imponerle el pueblo por el procedimiento arcaico que utilizó para implantar la segunda República en 1931. La papelera electoral. Eso lo saben los monárquicos y lo saben y lo suponen todos los que conocen la historia de España de todo lo que va de siglo. Para nadie es un secreto que el régimen monárquico ha perdido todo arraigo en el país y que, restaurada la monarquía por el procedimiento que sea no podría resistir la primera consulta electoral. En cuanto a las reivindicaciones de la clase trabajadora, son tan justas y necesarias que los obreros organizados podrán alcanzarlas sin necesidad de recurrir a medios extremos. Las impondrán el desarrollo económico del país y nuestras relaciones internacionales. España no podrá vivir al margen de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y no es de suponer se le permita que, a cuenta de la interioridad de condiciones de trabajo y de vida de sus obreros, pueda hacer una competencia desleal a sus coesociados.

En consecuencia, no es una cuestión de régimen ni de posibles exigencias de la clase trabajadora lo que retrasa la caída de Franco y el restablecimiento de la democracia en España. El mal tiene otras explicaciones, de las que ya se ha escrito y hablado en más de una ocasión. El mal se encierra en esta pregunta: ¿Qué ocurrirá una vez que se produzca el cambio de régimen? He aquí, a mi juicio, una pregunta que quita el sueño a millones de ciudadanos y asegura a Franco la continuidad en el Poder. Franco ha conseguido implicar en su responsabilidad a todos esos que le darían de buena gana el empu-

jón si estuvieran limpios de pecado y libres de la preocupación de formularse la consabida pregunta. Pregunta que se formula no sólo los autores materiales de los milares de asesinatos que se han cometido en la zona franquista durante la guerra y después de la guerra en toda España. Se la formulan también los jueces y los componentes de los tribunales especiales que han condenado sin pruebas, los acusados que han acusado sin motivo, e incluso los abogados que por toda defensa, después de reconocer como exactos los delitos imputados a los acusados, se concretaban a pedir a los tribunales un poco de clemencia para sus defendidos, los que eran condenados a muerte o a muchos años de prisión.

Esa misma pregunta se la formulan los que, pobres al empezar la guerra, son hoy millonarios; los delatores, los confidentes y toda una serie de sujetos que no encuentran el medio de tranquilizar su conciencia. Todas estas gentes buscan una solución, a la angustiosa situación que viven, en la restauración de la monarquía. Seguramente ven en esa restauración la constitución de uno de esos Gobiernos llamados fuertes, con mano lo suficientemente dura para impedir que haya quien pretenda imponer la justicia por su mano e impedir que se puedan exigir responsabilidades por lo pasado.

Pero tampoco acaban de tranquilizarse pensando en una restauración de la monarquía si en ella no aparecen comprometidos, por lo menos, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Pretenden que, llegado el caso, ambos organismos puedan actuar de apagafuegos. Podemos hacer cuantas declaraciones se nos antojen y todas las promesas que se nos ocurran respecto a nuestra futura forma de proceder, que no se darán por satisfechos. Es necesario que entre nosotros en la comba de la restauración. De otra forma no hay solución posible. Que no la hay quedó demostrado cuando el pacto de San Juan de Luz y, recientemente, con las negociaciones que sirvieron de base al acuerdo de París. ¿Pueden el Partido y la Unión embarcarse en semejante compromiso?

Por mi parte no lo creo posible. Para mí, como para todos los buenos españoles, es muy urgente que se resuelva el problema español; pero yo condiciono la urgencia al porvenir del Partido y de la Unión. Es muy necesario terminar con el sufrimiento del pueblo español; pero es indispensable que, por nuestra parte, se termine de forma que cuando podamos actuar en España lo hagamos fortalecidos por el prestigio y la influencia que tuvieron siempre el Partido y la Unión. Nosotros, los hombres, pasamos; el Partido y la Unión quedan, y es preciso que el día de mañana no se nos pueda acusar de haber debilitado la posición de ambos organismos por haber aceptado soluciones que no debimos aceptar.

Que los monárquicos, si quieren y pueden, den el empujón a Franco y restauren la monarquía. No seremos nosotros los que nos oponamos, siquiera no fuera más que por el significado que colocarnos al lado de Franco. Y esto ni nuestra conciencia lo admite ni la clase trabajadora nos lo perdonaría. Pero que no pretendan comprometerse en esa restauración. No pretendemos con esto agazaparnos y estar prestos a dar el salto una vez la monarquía restaurada y provocar situaciones caóticas al buen-tun-tun. Pero tampoco renunciamos a que los trabajadores españoles luchen por colocar a la altura que les corresponde, lo que nos sería difícil conseguir al confundirnos políticamente con lo más destacado de la burguesía y de la aristocracia españolas.

Pero hay que buscar una solución al problema español. La ofrecida por el Partido y la Unión y aceptada por los demás grupos republicanos de la emigración y la CNT es la única a la vista de posible aplicación. Yo no acepto el dilema «Franco o la monarquía». Me quedo con la fórmula del Gobierno provisional sin signo institucional porque no prevalece ninguna otra que prácticamente pueda acercarnos a la solución de nuestro ya viejo problema español. Ahora bien, considero que hay que actuar más intensamente en el interior de España. Creo que hemos llegado ya a la unanimidad en cuanto que es a los españoles a quienes corresponde resolver la actual situación de nuestro país. Ignoro si existirá la misma unanimidad en cuanto a convenir sobre quienes tienen que hacer el esfuerzo mayor. Para mí son, sin duda alguna, los que están allí dentro. No creo que nosotros, desde el exilio, bombardeando a Franco y su régimen con discursos y artículos de periódico y otra propaganda escrita que no creo resulte lo eficaz que pu-

déramos desear, vayamos a conseguir debilitar seriamente la situación del dictador. Si los del interior no actúan...

Nos preocupa mucho a todos la idea de los sacrificios que se vean obligados a consentir los que tienen en sus manos el único medio eficaz para derribar a Franco. Debe ser el cambio de régimen se lleve a la práctica, dentro de lo posible, de una manera incruenta. Pero la situación en España se hace cada día más insoportable. No hay día que para la carestía de la vida ni solución para ninguno de los múltiples problemas con que el pueblo español se enfrenta. En estas condiciones puede ocurrir que un día, harto el pueblo de sufrir, se deje arrastrar por el primer irresponsable que salga a la calle al grito de abajo Franco y su régimen y entonces si los sacrificios serán terribles y lo que es peor, estériles. Yo creo que se puede encontrar un medio de lucha incruento y eficaz a la vez. ¿Hay la posibilidad de aplicarlo? A mi juicio no ha llegado el momento de temernos que resignar ante lo imposible.

W. CARRILLO

Una carta de España

Rogamos a ustedes que, por una vez, acepten y publiquen un escrito anónimo. El anónimo es la última arma que nos queda para defendernos; nuestra última garantía de libertad.

En el «Boletín Oficial del Estado Español» acaba de aparecer una disposición que afecta gravemente a nuestras relaciones culturales con el extranjero (¡aunque España es miembro de la Unesco) y a nuestra dignidad humana. Tres ministerios han establecido conjuntamente un sistema de control y de vigilancia sobre «los envíos postales». Los ministros de Comercio (las aduanas), de Información (la censura) y de Gobernación (la policía) establecen una vigilancia espacial (con oficinas de control instaladas en veinticinco ciudades españolas a fin de cubrir la totalidad del territorio) sobre toda la correspondencia enviada o recibida por correo. Se trata, según la ley, de evitar la entrada en España de publicaciones prohibidas. Dos géneros de publicación están definidos: escritos que puedan dañar al orden moral y escritos de tendencias políticas. Los que ataquen a la moral serán quemados; los que son políticamente disolventes «darán lugar a la acción legal co-

respondiente». Los franceses comprenderán el alcance de esta decisión cuando sepan que «Madame Bovary» será quemada en la frontera española, lo mismo que las obras de Bernanos, Maritain, Mauriac o Graham Greene, consideradas como «inmorales» y cuya venta y edición están prohibidas en España; cuando sepan también que en los atestados de la policía —redactados en el mes de febrero de 1956 contra los estudiantes españoles encarcelados por haber reclamado ciertas formas de libertad de enseñanza— están señalados como delitos graves la lectura de Kafka, de los poemas de Neruda y de Alberti, las publicaciones del Congreso de Estrasburgo y hasta la afición por el cine neo-realista italiano.

¡Lagan conocer a nuestros amigos franceses que sus envíos de libros pueden conducirnos ante la policía. Y que, sin vacilación, estamos prestos a transformarnos en contrabandistas de la cultura y arriesgar nuestra libertad física para no perder completamente nuestra libertad de intelectuales.

Un grupo de intelectuales españoles (Traducido de L'Express, de París, del 14-XI-57.)

Desde Madrid

EL CINISMO DE UN PAYASO

HASTA hace poco, el Caudillo se había circunscrito a ser un simple comediante. Con su máscara de enviado especial de la Providencia para salvar a España y su voz sibilina y suave de cántico, sus discursos, pronunciadamente caracterizados por la razón de la fuerza de su oneroso y petrechado ejército. Si éste le da la espalda, mejor sería que se fuera, para bien de su salud.

Con gran desfachateo dice que «debemos ser parcos en palabras y fecundos en hechos». Para ser fiel a lo mismo, pronuncia discursos por doquier y hunde la endeble economía española. ¿Se habrá dado mayor cinismo en algún otro dictador? ¿De qué clase de cemento está guarnecido su rostro?

Repite sus clásicos vocablos «política gárrula», «politicastro», etc., que reafirman su limitado vocabulario, resultado de la incultura que disfruta. Este payaso que nos gobierna provoca otra vez la carcajada general cuando dice que «por todos sitios recibe muestras de gratitud, admiración y complacencia». ¿A qué gratitud se referirá? Gracias a él la economía se va hundiendo a ojos vistas y la continuidad del régimen se prevé catastrófica, con toda la escuela de

ahora cree que debe usar la fuerza de la razón. Nos parece difícil que pueda convencer al pueblo después de veinte años de injusticias e hipocresías. Si continúa en el Poder será exclusivamente por la razón de la fuerza de su oneroso y petrechado ejército. Si éste le da la espalda, mejor sería que se fuera, para bien de su salud.

Con gran desfachateo dice que «debemos ser parcos en palabras y fecundos en hechos». Para ser fiel a lo mismo, pronuncia discursos por doquier y hunde la endeble economía española. ¿Se habrá dado mayor cinismo en algún otro dictador? ¿De qué clase de cemento está guarnecido su rostro?

ESPIGUEO

(Viene de la cuarta pág.)

rio madrileño «Ya», del 8 de octubre de 1957:

«Que este fraude se halla muy generalizado —vender huevos de cámara por huevos frescos— nos lo demuestra el hecho de que ya por esta época se empieza a notar en los huevos que se compran en las huerterías como frescos —a los relativamente frescos— se les llama «especiales» — falta de consistencia en la yema y sabor e incluso olor a harina ajena.»

«En las carnicerías ocurre algo parecido a lo de las huerterías, pero con la diferencia de que así como los huerteros no explican nunca el chantaje de la calidad, los vendedores pretenden justificarse diciendo que si no se hiciera esto se arruinarían, porque el ganado les cuesta mucho y los impuestos suben con excesiva frecuencia. Quizá en estas cosas tengan razón, pero lo que no debe ocurrir es que un kilogramo de carne de primera tenga un cuarto de tercio, más de 150 gramos de ternilla y hueso, y solamente el resto de primera, cuando no realizan un cambio total de la calidad de primera por la de segunda. En fin, no hablemos ya de la posibilidad de que la carne de primera de potro lechal —por el hán duplicado estos pobres animales su cotización cuando están gordos— pase a ser vendida como «tercera fina».

Sigue «Ya» hablando de corderos pasuales deshuesados, de carnes blancas de toros o novillos holandeses, convertidos milagrosamente en terneras —a la hora de pagar sus carnes—; de nobles advertencias de lecheros a los consumidores de leche a 3,50 pesetas el litro —precio oficial— para que sepan que lleva un gran porcentaje de agua; de mantequilla con un respetable porcentaje de margarina, etc. «España, paraíso del consumidor.» Ese será el lema de un gran cartel de propaganda en el que se verá la silueta del señor Ulloa rodeado de curiosas figuras presentando la alquimia comercial de su invención. A tal señor, tal honor.

La señora descreída. Isidro, en «ABC», de Madrid, del 8 de octubre último, cuenta lo que oyó decir a cierta dama. No se trata de un chiste clásico o castizo, sino de una contestación con mucho salero. Escribe Isidro: «Lo bueno de irse a perder el tiempo por los jardines y paseos es que se escuchan a veces bizarras conversaciones. Ayer mismo, oímos decir a una elegante dama que charlaba con un caballero:

«Bah, bah... Eso del satélite es una paparruso. Pero, ¿no lo cree usted, doña Fero? —se sorprendió su interlocutor.

«¿Cómo lo voy a creer, querido? ¿Va a subir una bola a la estratosfera cuando no suba el agua al piso en que yo vivo, que sólo es un sexto de la calle de Peñalver?»

Para meterse a mordisista

La mayor parte de los diarios españoles han insertado en lugar destacado un artículo que firma F.S. de Erice. Lo titula «España necesita más ayuda... española». «ABC» lo publicó el 9 de noviembre y «Pueblo», de Madrid, el 11 del mismo mes. El artículo es interesante, pues en él se dicen cosas contra ciertas inmundicias —como es cambiar pesetas por francos y jugarlos en el Casino de Biarritz—, que los treinta millones de egoístas que constituyen España deban serlo menos, que si el pecado, que si la moral, etc. Del artículo en cuestión recogemos el siguiente párrafo:

«Pero para ello es preciso que rectifiquemos ciertos conceptos colectivos. Que no llamemos «primero» al honesto, hábil al pícaro, iluso al idealista, mulo al trabajador, ingenuo al hombre de fe y «vivo» al aprovechado, al estéril y al escéptico.»

La firma del artículo F. S. de Erice y la lectura del párrafo copiado, nos recuerdan a cierto señor, diplomático de carrera, que se llamaba también De Erice. Aquel señor hizo su carrera —diplomática— a una velocidad vertiginosa, saltando obstáculos, algunos de ellos tan difíciles como el escalafón, y bien sirviendo al ministro del momento. De este De Erice —que puede o no puede ser el autor del artículo—, se dice que en tiempos de la República era lector asiduo de un concisísimo diario de izquierda; que «liberada» España por el Caudillo, al entrar en el ministerio Serrano Suñer, el diplomático se cuadraba y levantaba la mano saludando a la romana, por lo que el ministro le dijo, por un día: «Cuidado que se te va a caer el diario; más tarde, con Martín Artajo, jamás empezaba a hablar por teléfono sin decir tres veces ¡Ave María Purísima!»

— esta curiosa coincidencia de nombres y de carrera, está el De Erice en cuestión en Madrid o en cualquier parte fuera de España, conviene decir algo que el articulista no ha escrito, pero que su artículo suscita en el lector: Para meterse a moralista, hay que tener mucha vista. Y, además, memoria.

O. I. D. E.

También los monárquicos se agrupan contra Franco

Creación del «Movimiento Nacional de Resistencia»

AL ver la creciente oleada de atacantes que se definen contra Franco y le acosan desde la clandestinidad obligada que la dictadura le impone, casi estariamos tentados a tener un sentimiento de conmiseración por este Caudillo en decadencia, cuyo definitivo ocaso se aproxima cada vez con mayor celeridad. Y cuando advertimos que muchas veces las mayores injurias contra el «salvador» provienen de gentes que le ayudan en una entonación no tan lejana a que nos «salvare», no podemos por menos de pensar en que está cerca el día en que será de aplicación, como tantas veces en la Historia, el castellano refrán que dice «el árbol caído, todo el mundo hace leña...»

Sin embargo, esa tenue tentación a la piedad, o al menos a la lástima, se ve necesariamente ahogada en nuestro caso por el recuerdo de los millares y millares de muertos, de encarcelados, torturados o fugitivos de la patria común; de los millones de ciudadanos

expoliados y empobrecidos, condenados diariamente a la humillación y al silencio; de todas las miserias y las penalidades de nuestro pueblo, cuya responsabilidad recae, no exclusivamente, como ahora muchos quisieren hacer creer en su cobarde oportunismo, persona del general Franco. El árbol que, podrido y sin sustancia, se apresta ahora a caer, a volver a la tierra de donde nunca debiera haber salido, ha sido, más que árbol, horca de donde se ha pretendido colgar al pueblo español en unión de sus más caras libertades; y por eso no sólo es humano, sino justo y conveniente, que todo el mundo haga leña de él, hasta convertir su tronco miserable en astillas de las que sólo quede sucia ceniza que el viento disperse para siempre, como un mal sueño, como una triste pesadilla que huya al amanecer un nuevo día.

Viene todo esto a cuento porque, sin duda como reacción a las bochornosas declaraciones del «Fondo de Ruiseñada», favorables como se sabe a una monarquía borbonico-franquista que heredaría todas las lacras y responsabilidades del régimen actual, además de su intransigencia y totalitarismo cerialles y reaccionarios, un grupo de monárquicos, al parecer liberales y constitucionalistas, partidarios de don Juan, ha creado el que ellos llaman «Movimiento Nacional de Resistencia», cuya fundación se atribuye a ciertos conocidos miembros de la nobleza, generales y financieros, cuyos nombres se barajan, y que si, por su condición de monárquicos, no arrastran masa tras ellos, sí representan considerables intereses e importante fuerza económica por sus características personales en el medio donde se desenvuelven.

El nuevo «Movimiento», naturalmente de opinión opositora a las consecuencias del triste régimen llamado «glorioso» por algunos, ha publicado recientemente un manifiesto dirigido a los españoles que se ha distribuido principalmente por correo, en el interior del país, y enviado particularmente a las personas significadas de la alta burguesía, finanzas, Ejército, Universidad, etc.

No por ello el manifiesto —divulgado en su totalidad por otras publicaciones— es menos expresivo en su total repudiación de cuanto el franquismo representa y en su repulsa de la actitud pro-gubernamental adoptada por el grupo «colaboracionista» de los Ruiseñada. A continuación transcribimos algunos extractos del manifiesto, que es por sí mismo suficientemente expresivo y que, hechas las reservas oportunas, cremos convenientemente sea conocido por todos para que quede patente, en España y en el extranjero, hasta qué punto Franco se ha enajenado las simpatías de la nación incluso en aquellos sectores más conservadores que en un tiempo le apoyaron. Dice así:

«Españoles: El Movimiento Nacional de Resistencia se dispone a la lucha, secundado por cuantos puedan todavía aspirar a una existencia digna y honrada.

«Viva España! Viva el Rey! (Se ruega la difusión.)» Así termina la hoja.

Si bien el manifiesto expresa —repetimos— recia voluntad de oposición al régimen de Franco, se advierte rotunda oposición de conceptos. Un Movimiento Nacional de Resistencia no puede ser realmente nacional si se limita a los partidarios de don Juan o de la Monarquía, ya sea ésta más liberal que la actual.

Nota de Esquerra Republicana de Cataluña

El Consejo Ejecutivo de Esquerra Republicana de Cataluña se ha reunido en París los días 10 y 11 de noviembre, habiendo sido invitado a asistir a sus reuniones el Vicepresidente del Consejo Directivo de Méjico señor Dalman Costa. Los acuerdos se harán públicos una vez hayan emitido su opinión aquellos miembros que por diferentes circunstancias no han podido tomar parte en las deliberaciones.

En la sesión final, a la que asistió el Presidente de la Generalidad señor José Tarradellas, se procedió a un pronunciamiento de impresiones, en el curso del cual fueron discutidas con toda cordialidad y patriotismo las razones que abonan los puntos de vista que sobre los problemas políticos de la actualidad han sido expuestos públicamente y en diferentes ocasiones por los asistentes a dicha sesión. Estos convinieron por unanimidad dar publicidad al acuerdo de la reunión del Consejo Ejecutivo del día 3 de marzo de 1957, del que no han sido informados hasta hoy más que los organismos y militantes del Partido. Dicho acuerdo dice así: «Habiendo sido el miembro del Consejo Ejecutivo señor Tarradellas elevado a la Presidencia de la Generalidad de Cataluña, cuya distinción comprende la representación de cuantos permanecen fieles a la legitimidad catalana, se expresa la conveniencia de considerarle alejado de las tareas inherentes al cargo de miembro del Consejo Ejecutivo durante el periodo en que ejercerá el alto mandato nacional que le fué conferido por el Parlamento Catalán en su sesión del día 7 de agosto de 1954 celebrada en la Embajada de la República Española en la capital de Méjico. El Presidente de la Generalidad será consultado cuando así lo aconsejen las circunstancias.»

«Por lo tanto, hemos de proclamar, al mismo tiempo, nuestra solidaridad —entusiasta y generosa— con aquellos españoles, con cuyas actividades públicas no somos responsables ni partícipes, que sufran hoy de las persecuciones, por el único delito de haber pensado en voz alta lo que sienten y piensan, de manera casi unánime, la opinión española. Es decir, la imperiosa necesidad de poner fin, ordenada y pacíficamente, a un régimen de opresión y tiranía, que no se propone, en rigor, sino la administración de una victoria militar y el usufructo del botín de guerra por ella obtenido.»

«El Movimiento Nacional de Resistencia propugna la unión de todos los enemigos del actual régimen, que a su vez lo sean del comunismo, a través del cauce de una Monarquía ampliamente liberal y sustentada en el asentimiento popular, en la que no pueda haber vencedores ni vencidos y se permita a las minorías exponer públicamente su opinión y fiscalizar, además, la obra del Gobierno.»

Unicamente así, en cuanto símbolo efectivo de un noble y legítimo espíritu de oposición a todo lo que representa el franquismo, podrá ser algún día implantada la Monarquía en España.

«Cualquier voz de signo contrario que se deje oír en el país, aun dentro del campo monárquico, habrá de ser, pues, repudiada como traidora.» «Por ello, el Movimiento Nacional de Resistencia se dirige hoy a los españoles, para desenmascarar a todos aquellos elementos, al servicio del Gobierno, que no pretenden, con sus turbias maniobras, sino apuntalar un régimen que ha prostituido los grandes ideales en que se apoyara Franco el 18 de julio y cuya supervivencia está, esencialmente, condicionada al prestigio y anulación de cualquier posibilidad efectiva de restauración monárquica.»

«Fieles a S. M. el Rey y a los postulados fundamentales de la Monarquía, proclamamos, en fin, nuestra decidida oposición al régimen y la voluntad resuelta de combatir por todos los medios y en todos los terrenos, de manera especial en estos momentos en que se pretende haber dominado el ímpetu y la rebeldía del pueblo español por la simple detención de algunos ciudadanos.»

«Españoles: El Movimiento Nacional de Resistencia se dispone a la lucha, secundado por cuantos puedan todavía aspirar a una existencia digna y honrada.

«Viva España! Viva el Rey! (Se ruega la difusión.)» Así termina la hoja.

Si bien el manifiesto expresa —repetimos— recia voluntad de oposición al régimen de Franco, se advierte rotunda oposición de conceptos. Un Movimiento Nacional de Resistencia no puede ser realmente nacional si se limita a los partidarios de don Juan o de la Monarquía, ya sea ésta más liberal que la actual.

«Españoles: El Movimiento Nacional de Resistencia se dispone a la lucha, secundado por cuantos puedan todavía aspirar a una existencia digna y honrada.

«Viva España! Viva el Rey! (Se ruega la difusión.)» Así termina la hoja.

Si bien el manifiesto expresa —repetimos— recia voluntad de oposición al régimen de Franco, se advierte rotunda oposición de conceptos. Un Movimiento Nacional de Resistencia no puede ser realmente nacional si se limita a los partidarios de don Juan o de la Monarquía, ya sea ésta más liberal que la actual.

«Españoles: El Movimiento Nacional de Resistencia se dispone a la lucha, secundado por cuantos puedan todavía aspirar a una existencia digna y honrada.

«Viva España! Viva el Rey! (Se ruega la difusión.)» Así termina la hoja.

Nuremberg seguirá con alcalde socialista

En la ciudad alemana de Nuremberg hubo votación popular el domingo 17 de noviembre para elección regular de nuevo alcalde con mandato por seis años.

Este día ocasión a los socialistas alemanes para obtener una nueva victoria tras la reciente, brillantísima, lograda en Hamburgo y su Dieta.

La población de Nuremberg ha elegido para la primera magistratura de la ciudad al socialista doctor Andreas Urschlechter, con 132.227 sufragios, frente al doctor Hans Bencker, candidato único de cristianos-demócratas, liberales, partido bávaro y bloque de los refugiados, que reunió 97.623.

Andreas Urschlechter tiene 38 años de edad. Los socialistas seguirán conservando, pues, la presidencia de esta gran ciudad como hasta ahora en el periodo de la postguerra.

Esta victoria no ha dejado de sorprender, pues se consideraba muy difícil triunfar contra la coalición adversaria. Exitó mayor para nuestros compañeros alemanes.

Imprimerie Spéciale de EL SOCIALISTA Gérant: R. DONAS 30, rue Sainte — Marseille.

## Los muchachos del "Ferrándiz"

### Vigoroso movimiento de opinión en su favor

Para el 9 de diciembre próximo está señalada la vista del recurso de apelación interpuesto por los abogados de la American Civil Liberties Union contra el fallo que, en primera instancia, se dictó en Los Angeles contra los cinco jóvenes comunistas pertenecientes a la dotación del destructor yanqui-español «Almirante Ferrándiz», quienes, queriendo huir de la tiranía franquista, se evadieron de dicho buque.

Contra lo que ordinariamente suele suceder con protestas populares en orden a desafueros e injusticias, protestas cuyo fuego se va apagando, en este caso la hoguera crece. De alimentarla se encarga la American Civil Liberties Union, para quien todos los republicanos españoles —los del exilio y los de dentro de España— guardaremos imperecedero agradecimiento.

Ella ha hecho editar en folleto la apelación que suscriben los defensores A. L. Wirin y Hugh R. Manes, folleto que ha reproducido en lujosas hojas, ilustradas con artísticos dibujos, un formidable artículo que Paul Jacobs publicó en «The Reporter», artículo con perfil histórico, creyendo, por lo visto, insuficiente la gran tirada de dicho periódico neoyorkino; ha impreso una ingeniosa caricatura donde la estatua de la Libertad parece sorprendida del desvelo que observa en la balanza de la justicia, en uno de cuyos platillos pesan levemente los marineros secuestrados porque en el otro platillo está Franco ayudado por Foster Dulles...

En fin, esa benemérita entidad se entrega con ardor a una propaganda que desde aquí secula «Adelante» hasta donde nos es dable llegar, pues a partir de encarecimiento de los cinco marineros comprendimos que lo más eficaz de cuanto en favor de ellos se podía hacer era interesar en el caso a la opinión pública.

Porque este no es un pleito entre dos particulares que obran movidos por sus respectivos intereses particulares, ni una causa criminal por cualquier delito común, ni un vulgar expediente administrativo para castigar infracciones de leyes o reglamentos migratorios, sino un proceso de gran hondura política en el cual se va a medir hasta qué grado el Gobierno de una nación democrática extrema sus complacencias con un repulso tiranismo.

Así lo han comprendido los ilustres jurisperitos señores A. L. Wirin y Hugh R. Manes, al añadir interesantes consideraciones de orden político a sus alegatos jurídicos. Así lo entendió también el notable escritor Paul Jacobs que matiza sus juicios con acusada ironía. Y así, igualmente, lo estima el insigne hispanista Dwight L. Bollinger, catedrático de la Universidad de California del Sur, quien, con otras personalidades californianas, ha suscrito un llamamiento —en estas columnas lo encontraron nuestros lectores— saturado de generosidad.

Sea cual sea el resultado de este desdichadísimo asunto, engendrado por inexplicables torpezas, cuantos elementos norteamericanos trabajan en pro de los cinco desventurados tripulantes del «Almirante Ferrándiz» tienen ya ganada nuestra gratitud. ¡Ojalá podamos extenderla a los tribunales de justicia de su país! Porque en los tiempos presentes, la justicia ha llegado a convertirse en merced.

(De «Adelante», de Méjico, órgano de la Agrupación PSOE de ese país, número de noviembre de 1957.)

## Una voz generosa

### Llamamiento del profesor Bolinger

Los Angeles, XI-30, 1957.

Queridos compañeros hispanistas: En junio y julio de este año ocurrieron una serie de pequeños acontecimientos con una gran importancia humana y una mayor significación para nosotros, como mediadores entre el pueblo norteamericano y los de habla española.

Cinco jóvenes marinos españoles decidieron que sufrían bastante opresión e injusticia en su tierra natal y que su futuro se hallaba en el libre ámbito de Méjico. Supieron que otros iguales a ellos habían hallado su camino hacia la libertad. Como aquéllos, dejaron sus barcos y se fueron a Baja California. Después de una sucesión de desventuras, tres se presentaron a las autoridades mejicanas, y todos fueron eventualmente puestos a la disposición del jefe local de Migración.

En el lado norteamericano, el capitán de uno de los navíos españoles gana la ayuda del comandante naval del distrito. Llegan noticias de que los cinco evadidos están en Tijuana. Una patrulla norteamericana de costa, visita la estación mejicana de Migración gestionando el permiso para una visita de dicho capitán. Un día o dos más tarde, un oficial naval americano da escolta al comandante de un buque perteneciente a un país extranjero y lo lleva a un tercer país, extranjero para ambos, con el fin de ayudar en la captura de individuos extranjeros. El capitán español lleva una insignia de los Estados Unidos. Sin ella, dijo más tarde el inspector mejicano de Migración, ese capitán no hubiera sido admitido.

Los muchachos son llevados de la cárcel. El capitán formula su solicitud. Pero alguno de los cinco, antes de su deserción, ha oído las amenazas de su jefe, con ocasión de análogas escapatorias anteriores: «Para hacer que regresen, vamos a ser suavecitos aquí, pero después...» Una replica: «Preferimos morir en Méjico que volver a España.» El capitán español y su escolta vuelven al territorio norteamericano, y los muchachos son conducidos de nuevo a su cárcel mejicana.

Un paso a través de la línea merece otro. Pocos días, después, las autoridades mejicanas se enteran de que la Migración norteamericana está inclinada al retorno de los cinco. Misteriosamente, llega la orden de enviarlos al otro lado.

No se trata de ciudadanos norteamericanos. No hay legal que entregarlos a los Estados Unidos. Si Méjico quiere deportarlos, no hay más justificación para enviarlos a los Estados Unidos que para haberlos mandado a Pakistán, y menos razón toda-

via para encaminarlos, directa o indirectamente, a España, toda vez que Méjico no tiene relaciones con el presente Gobierno español.

A cada «arreglo» su correspondiente truco. Los jóvenes no pueden ser obligados a regresar. No pueden ser deportados a Méjico sin el debido proceso. Supongamos, sin embargo, que ellos «solicitan» tal privilegio. Para darles esta oportunidad, se les conduce secretamente al lado americano. Se coloca un papel frente a uno de ellos. «Firme aquí, se le dice. El obedece. No lee inglés. Tanto peor para él, porque el documento en que acaba de poner su nombre, es una solicitud para que él y los otros sean enviados, «bajo palabras», a los Estados Unidos, con el propósito de ser devueltos al buque del cual acaban de escapar.

Pero todavía hay más en esta historia. No todos los americanos han acomodado sus puntos de vista a ciertas prácticas de «echar mano a las gentes». Nuestros tribunales decidirán si el Gobierno español puede hacerse cargo de los cinco y castigarlos a su modo peculiar, no sólo por su deserción, sino por las palabras que, para su defensa, han proferido ante los tribunales de aquí, o si serán puestos en libertad para ir a Méjico otra vez, donde el Gobierno está dispuesto ahora a darles la bienvenida.

No podemos aconsejar a los jueces respecto a su decisión, pero podemos tomar medidas para asegurar que la defensa no afloje o ceda, y para proteger a los acusados, incluso si la Corte falla contra ellos.

Primero: Podemos contribuir a los gastos legales. Debemos levantar fondos, a lo menos por importe de siete mil dólares, para cubrir esos y otros gastos.

Segundo: Podemos recordar a nuestro Gobierno que la buena voluntad de España es la buena voluntad del pueblo español, no la de una burocracia, y que esa buena voluntad será toda nuestra mediante un acto amable, y no trocándola por fortunas en armas o protocolos. Deben escribirse cartas a John Foster Dulles, Secretario de Estado, y a William P. Rogers, nuestro nuevo Procurador General, Washington 25, D. C., urginglo que nuestro Gobierno facilite el regreso de los cinco hombres a Méjico.

Tercero: Podemos urgir apoyo para que legislativamente el Congreso permita a los cinco ir a Méjico. Escriba usted a sus senadores y diputados pidiéndoles que investiguen los hechos y que, llegado el caso, usen toda su influencia para que estos hombres retornen a Méjico.

Dar asilo a cientos de refugiados procedentes de los paí-

ses situados tras de la Cortina de Hierro y negárselo a cinco desventurados jóvenes que se escapan de una dictadura del Oeste es, por lo menos, inconsistente. O creemos en la libertad política, o no creemos en ella. No podemos, como hispanistas, volver la cara a esta decisión, que nos ha sido confiada como una prueba de hasta qué punto estamos sinceramente dispuestos a secundar los gritos de libertad que con admiración mencionamos en nuestras clases acerca de Hidalgo, Martí, Bolívar y San Martín.

Algunos de los firmantes de este llamamiento han hablado con los cinco jóvenes. Dos de los signatarios hablaron con quienes en Méjico tratan de ayudarlos, y han entrevistado también a la policía mejicana y funcionarios de Migración involucrados en el caso. Los hechos establecidos aquí son, pues, de primera mano o responden a testimonios directos de los afectados. No hay razón para dudar de su veracidad esencial.

La verdad más esperanzadora de todo es la simpatía cordialísima y la ansiedad sostenida del pueblo mejicano; de su Gobierno, en la persona de su Presidente, y de su Iglesia, en la persona del vicario apostólico de Baja California, que dan la bienvenida a casa a estos caminantes. Así son Méjico y su democracia. Nosotros no podemos ser menos. Suyos afmos.

Dwight L. Bollinger, Los Angeles; A. Torrens Riosco, Berkeley; José R. Barcia, Los Angeles; Jerónimo Mallo, Los Angeles; Helen Francis, Long Beach; William B. Whitty, Los Angeles; Nancy S. Name, Long Beach; Laudelino Moreno, Los Angeles; Arthur J. Alvarado, Long Beach; Gerard P. Sullivan, Los Angeles; Carl Delacchio, Long Beach; Dorothy McMahon, Los Angeles; Joseph Contreras, Long Beach; Anibal Sánchez Reuler, Los Angeles; William T. Shailer, Long Beach; John A. Crow, Los Angeles; Catharine Segel, Long Beach; Joseph H. Silverman, Los Angeles; Irene Holmes, Long Beach; Donald F. Fogelquist, Los Angeles; Elia H. Eakin, Long Beach; J. Richard Andrews, Los Angeles; E. H. Temple, Los Angeles; Manuel Pedro González, Los Angeles; Stanley L. Robe, Los Angeles.

P.D. — Después de escrita esta carta, nos llega noticia de haberse recibido 2,176 dólares, del total precisado de siete mil. Mil dólares proceden de los ahorros de amigos en Méjico, y algunos llegan de lugares tan distantes como Venezuela. También tenemos noticia de la muerte, en España, de la madre de uno de los muchachos, Manuel Fernández, y de los ruegos de todos los familiares para que se evite el encarcelamiento o ejecución que en España les espera.

# ESPIGUEO

Los «amos de casa» no están para chistes

Esto es lo que se desprende de la crónica de Olmo, en «La Gaceta del Norte», del 10 de octubre de 1957. Copiamos: «Porque también algunos «amos de casa» se han enfrentado con el absurdo, al meterse en los culinarios durante la época veraniega.

Imaginése el caso del hombre candoroso que entra en una pescadería, pide un kilo de merluza, mira la lista de precios y deposita ingenuamente en el mostrador un billete de 100.

—Sale a la calle, cuenta las vueltas y pega un respingo. ¡Treinta y cinco pesetas!

—¿Veinte rápidamente a la caja y con toda su ingenuidad reclama: —Se ha confundido señorita. Aquí falta dinero.

—No, señor, la cuenta está bien. ¿No lleva usted un kilo de merluza?

—Exactamente.

—Pues son 65 pesetas, señor.

—¡Pero si ahí afuera dicen ustedes que el kilo vale 34 pesetas!

Las carcajadas de la vendedora y de las clientas asiduas se oyeron en Sebastopol.

—¡Caballero, por Dios! Ese es el precio de tasa, no el de la merluza.

Y el pobre hombre salió corriendo con su killo buscando una alcantarilla que le tragase.

Pero el problema merluzco no termina ahí. Yo me acabo de incluir en la lista de los ingenuos y de los candorosos. Nunca he entrado en una pescadería a comprar merluza, pero...

El pero lo he visto publicado en un periódico. Un día leí los precios máximos de los artículos de consumo. La merluza venía, como siempre, cándidamente tasada en 34 pesetas. Dos o tres días más tarde, en esta carta, nos llega noticia de haberse recibido 2,176 dólares, del total precisado de siete mil. Mil dólares proceden de los ahorros de amigos en Méjico, y algunos llegan de lugares tan distantes como Venezuela. También tenemos noticia de la muerte, en España, de la madre de uno de los muchachos, Manuel Fernández, y de los ruegos de todos los familiares para que se evite el encarcelamiento o ejecución que en España les espera.

El pero lo he visto publicado en un periódico. Un día leí los precios máximos de los artículos de consumo. La merluza venía, como siempre, cándidamente tasada en 34 pesetas. Dos o tres días más tarde, en esta carta, nos llega noticia de haberse recibido 2,176 dólares, del total precisado de siete mil. Mil dólares proceden de los ahorros de amigos en Méjico, y algunos llegan de lugares tan distantes como Venezuela. También tenemos noticia de la muerte, en España, de la madre de uno de los muchachos, Manuel Fernández, y de los ruegos de todos los familiares para que se evite el encarcelamiento o ejecución que en España les espera.

El pero lo he visto publicado en un periódico. Un día leí los precios máximos de los artículos de consumo. La merluza venía, como siempre, cándidamente tasada en 34 pesetas. Dos o tres días más tarde, en esta carta, nos llega noticia de haberse recibido 2,176 dólares, del total precisado de siete mil. Mil dólares proceden de los ahorros de amigos en Méjico, y algunos llegan de lugares tan distantes como Venezuela. También tenemos noticia de la muerte, en España, de la madre de uno de los muchachos, Manuel Fernández, y de los ruegos de todos los familiares para que se evite el encarcelamiento o ejecución que en España les espera.

El pero lo he visto publicado en un periódico. Un día leí los precios máximos de los artículos de consumo. La merluza venía, como siempre, cándidamente tasada en 34 pesetas. Dos o tres días más tarde, en esta carta, nos llega noticia de haberse recibido 2,176 dólares, del total precisado de siete mil. Mil dólares proceden de los ahorros de amigos en Méjico, y algunos llegan de lugares tan distantes como Venezuela. También tenemos noticia de la muerte, en España, de la madre de uno de los muchachos, Manuel Fernández, y de los ruegos de todos los familiares para que se evite el encarcelamiento o ejecución que en España les espera.

una información marinera, leía esta asombrosa noticia: «El precio máximo de la merluza vendida en el muelle de Bermeo fué de 51,10 pesetas kilo.»

Porque lo de cobrar en las pescaderías el doble del precio de tasa, aún se comprende pensando que se hace de forma disimulada y contando con la ineludible complicidad de quienes necesitan merluza. Pero publicar el precio de tasa y el precio de venta en muelles con una diferencia de casi 20 pesetas, en la primera venta, es ya algo que se sale de los límites de la comprensión de las amas de casa, que en tocante a solucionar problemas domésticos son verdaderos cerebros electrónicos.

Pero, como decía al principio, la masa gris, y hasta la electrónica tienen su límite. — Olmo.

Como bien dice Olmo, la masa gris, y hasta la electrónica, tienen su límite. Lo que no tiene límite es la desvergüenza y el desorden, productos, ambos, que florecen en los tiempos caudillescos como nunca. Antes, en aquel «antes» del Gaudillo, llamarle a uno «merluzco» era una ofensa que podía llevar a otro hasta el campo del honor; ahora, si le apodropan a uno de «merluzco», se envían y hasta lo agradecen, pensando para sus adentros que, al fin y a la postre, vale ya una fortuna.

### Siempre al servicio del consumidor

En el reinado del señor Ullastres el comercio español florece y se desarrolla de tal manera que aun los más escépticos y más enemigos suyos tienen que reconocer las bondades de su alta y sabia política inspirada directamente por el hombre que la Providencia envió a España para «salvarla». Y hemos hablado de la convertibilidad del chiste en materia comestible y de la valoración de los artículos perfectos red comercial que dirige el joven ministro se desvía en servir al consumidor y se esfuerza en ofrecerle productos de tal calidad que, por más que rebusquemos, no encontramos nada igual y mucho menos superior en el extranjero. Sobre este extremo, nos ilustra ampliamente el católico y siempre serio di-

(Pasa a la tercera página.)

## Reacciones juveniles

### El gran cinico y la juventud actual

«La juventud de la Cruzada es la que gobierna.

—Esta Vuestra Excelencia satisfecho de la juventud? No cree que lo que llamó «ventana abierta al exterior, influya malevolamente sobre nuestro ambiente interior?»

—Desde luego, estoy muy satisfecho. Es importantísima la parte que las nuevas generaciones vienen teniendo en el resurgimiento de la nación. La juventud de la Cruzada, que dió muestra de tanto heroísmo y tantos sacrificios, es la generación de los hombres maduros de hoy, que captitan en España la mayoría de las empresas, desde las fábricas a los modestos talleres, desde la gran explotación agrícola a la pequeña granja campesina, y los que controlan los planes y creaciones para el futuro. El que las cosas de fuera impresionen muchas veces a una juventud ansiosa de novedades, no podemos evitarlo, como tampoco que una espíritu desahogado, poca personalidad que, sin duda, se dejan influir; pero son esa minoría, una gota de agua en un océano, esa minoría que, como las olas, la curiosidad los lleva y la realidad los trae. Hoy, a la juventud no se le puede juzgar por las pruebas de unos pequeños grupos que padecen un síndrome juvenil. La juventud comprende a todo el área nacional: la del estudio, del campo, de la ciudad, del comercio y de la industria, que, aunque suena menos porque no alborota, es la más numerosa, fecunda y generosa. El hecho es que la Patria grande, fuerte y generosa, como venimos creando a esas generaciones a las que más va a beneficiar.»

(De las declaraciones hechas por el general Franco al director de la agencia Efe, don Pedro Gómez Aparicio, publicadas por el diario «Eya», el 6 de octubre de 1957.)

ON estas declaraciones manifestaciones ha tratado la abyecta conciencia del Caudillo de acallar uno de los más clamorosos gritos de rebeldía que resuenan en el campo hispano en esta hora actual, tan esperanzadoramente cargada de augurios de acercamiento de la hora final de la iniquidad.

Es la protesta de la juventud, de las nuevas generaciones que se sienten con pujanza para arremeter con firmeza contra un sistema de vida que repugna a sus ideales de democracia y evolución social.

Justamente ahora, cuando la juventud que más netamente habría de llamarse franquista, por haber «gozados» desde su nacimiento o infancia hasta su mayoría de edad, las delicias del paraíso dictatorial, es cuando la constante queja de la oprimida España empieza a tomar tonalidades de bronca y exigente reclamación al tirano.

«Cuáles son las causas de este hecho insólito, de que sean precisamente las primeras promociones del régimen —nacidas y desarrolladas durante su dictadura opresora, educadas en las aulas de una cultura oficialmente adicta al Movimiento, informadas por la prensa dirigida y embriagada por el opio nacional oficialmente dosificado: el fútbol — las que más acusadamente han manifestado su intranquilidad con la indignidad de la opresión?»

Todavía hace tres o cuatro años tan sólo, las consecuentes de la guerra civil sufrida y las oleadas de terror hábilmente dosificadas, lograban mantener a la opinión pública en un estado letárgico de inhibición, de aguantar resignadamente como inevitables las iniquidades cotidianas.

Se aceptaba la injusticia con una pasividad conformista, indicio amenazador de un progresivo envilecimiento del pueblo, que empezaba a dar inequívocas muestras de incapacidad de distinción entre el bien y el mal, entre la verdad y el error. O si los diferenciales, parecía darle igual. Como diría Unamuno, «se había perdido la capacidad de indignación».

Esto, naturalmente, favorecía extraordinariamente los planes del tirano, que metía por los ojos a las cancellerías extranjeras el flamante «orden» que reinaba, gracias a las directrices del Movimiento. Tan ufano de su triunfo, ni siquiera se recataba de exhibir el triste e imboral precio que le costaba su éxito: «No otros, con Goethe, preferimos la injusticia al desorden» — palabras de Lequerica, vocero oficial del oligarca.

Pero, mientras tanto, se estaba forjando una juventud nueva, que no había vivido la guerra, exenta del traumático moral y cívico que ésta produce, limpios sus ojos de las visiones de la matanza fratricida, y para la cual todo lo anterior a la «cruzada» era sólo palabras, palabras que contaba la propaganda oficial. Y sabido es lo poco amiga que es la juventud de seguir consejos no basados en la propia experiencia.

Coincide esto con el momento en que el dictador, ebrio de orgullo y fatuidad, engreído por las adulaciones que el mismo dicta al coro que oficialmente le dedica sus alabanzas, comete el más grave error de su mandato: consigue reanudar las relaciones internacionales con el resto del mundo libre, a trueque de hacer almoneda de ciertas partes del territorio nacional. Cree el iluso que le será permitido sentarse a la mesa redonda de las que un día llamó «podridas democracias» con un simple borrón y cuenta nueva sobre su pasado — y presente — tenebroso totalitarismo.

Un día es una invasión turística, otro los periódicos y revistas del exterior; surgen relaciones comerciales y amistosas con el extranjero. Mueñean los viajes aliente las fronteras por unos u otros motivos distintos. Es la llamada «ventana abierta» que cita el periodista y que tan caro le ha de costar.

Y los jóvenes empiezan a sospechar que lo que cuentan de «antes» son cuentos celestiales. Que democracia, república y socialismo no es que de conventos, ni asesinatos en las afueras, ni tantos actos de vandalismo, según se les trataba de imbuir, pues no se dan en Francia, Bélgica, Suecia ni tantos otros países que, con tales sistemas políticos, gozan de un alto nivel de vida material, un elevado índice cultural y una recia formación de moralidad (moralidad íntegra, no restringida al sexto mandamiento, al gusto clerical).

No se trata de ansia de novedades, como apunta el general Franco en sus declaraciones, puesto que no se trata de cosas nuevas. Más acertado está al calificarlo de impresión por las cosas de fuera. Porque realmente impresión la comparación al que vive engañado, al percatarse del lodazal que le encamaga: corrupción administrativa, inmoralidad pública oficial, castrería de dogmatismo intranquillante, nivel paupérrimo de vida en contraste con el lujo asiático de la minoría oligárquica que constituye la camarilla caudilla.

Y empiezan a hacerse patentes las muestras de descontento. No ha de extrañar que sea en los medios universitarios donde se manifiesta más aguda la rebeldía. El hombre que está edificando su formación cultural analiza y desmenuza todo conocimiento antes de hacerlo suyo. Es una lucha

constantemente por la verdad. Por ello ha fracasado y fracasará siempre el dogmatismo de la Iglesia en su intento de lograr la Universidad Sin Problemas. Y a esta agonía del intelectual en cierme —cuya formación humanística y pensamiento político democrático llevan por los caminos de la libertad — se le opone los pomposamente llamados «principios del 18 de julio», entelequia pseudo-político-moral resultando de la chapucera amalgama que se vio obligado a aceptar el cerril general rebelde, chalanearlo con tirios y troyanos y gitanearlo con ideas retrogradadas e intereses equívocos.

De dos años atrás a la hora presente, son innumerables las muestras de aversión pública ofrendadas por la juventud. Por causa de la facilidad que los estudios ofrecen a la agrupación juvenil, y debido a que el terreno de las ideas y la cultura es estéril a la simiente de brutalidad y dictadura, es en los medios estudiantiles donde más ostensibles son los brotes de insubordinación, sólo acaallados por las porras de goma de la Policía Armada y las palizas con que la Brigada Social intenta curar esa dolencia que S. E. llama cínicamente «alborotos», aunque él sabe muy bien — y lo prueba el pánico con que se apresura a prevenir y a medicar con sus inhumanas y culetes recetas — que es portadora de germenes mortales para su opresora dictadura.

Así hemos vivido últimamente — con la alegría que proporciona la esperanza de ver derrocado al tirano, acorralado día a día por el odio popular — la resistencia material a la fuerza pública en la indecente maniobra preparada en la manifestación de protesta pro-Gibraltar; la que ma pública de la prensa oficial en la Puerta del Sol; el asalto a una emisora de la capital de la nación, en la misma fecha; la impotencia del criminal general Hierro para disolver con su tristemente célebre «Bostia» Grión a los manifestantes; los incidentes ocurridos en la Facultad de San Bernardo cuando, con motivo de las elecciones de delegados y en uno de los típicos gitanos del Caudillo por desprenderse de la Falange cuya carga ahora le abruma, se quiso demostrar las supuestas simpatías monárquicas de la juventud, demostrando ésta claramente su afinidad republicana y democrática; las batallas campales que a consecuencia de lo anterior tuvieron lugar en las calles más céntricas de Madrid contra las bandas armadas de pistoleros falangistas, matones contratados a tal fin; los hechos probados en diversos juicios públicos celebrados contra estudiantes europeistas, donde la repulsa y acusación del régimen fue la nota más dominante y destacable, el desprecio unánime con que fue acogida la hipócrita presencia de varios ministros del «Movimiento» en el sepelio de Ortega y Gasset; las increpaciones hechas a los mismos en dicho acto, causa de diversos procesamiento escandalosos; las constantes huelgas en la Ciudad Universitaria, ocupada militarmente por fuerzas montadas de la Policía Armada; los continuos incidentes acaecidos en las diversas Facultades y escuelas por la frecuente vulneración de su tradicional derecho de asilo; las huelgas del hambre y de presencia que mostraron su disconformidad las escuelas técnicas; ante la pomposa «ordenación» de enseñanzas técnicas (que marca la brecha de puente a las aspiraciones clericales al dominio de la enseñanza no estatal); las recientes detenciones y procesamiento de diversas personas de muy variada calificación (incluso derechistas y monárquicos), por el mero hecho de representar una posible directriz futura a las nutridas masas de descontentos; los heroicos sucesos de la Universidad de Barcelona, con su secuela de atropellos contra numerosos estudiantes, que por el simple hecho de manifestar sus opiniones se han constituido en mártires de la libertad y la justicia, con las escandalosas sanciones impuestas de pérdida de curso y carreras recientemente, nuevas huelgas en Madrid, contra la corrupta administración del SEU en los comedores universitarios, que por dicho motivo han sido clausurados.

Todos estos hechos, en el país donde, no ya una huelga u otra manifestación activa de protesta, sino la más leve frase de disconformidad con el régimen, son severa y cruelmente castigados, demuestran hasta qué punto puede el megalómano enano de El Pardo estar satisfecho de la juventud. Es gracioso observar con qué habilidad desvía la pregunta del periodista hacia la

(Pasa a la segunda página.)

# La Bolsa y la psicología de las masas

Por Luis Araquistáin

ARO es el día que no se publica algún estudio sobre psicología de las masas humanas, tema grato a filósofos y sociólogos juveniles y a adultos de temperamento más poético que científico. Pero la verdad es que sabemos muy poco de esa psicología, tal vez porque tampoco sabemos mucho sobre quienes se esas famosas masas, ni dónde se encuentran ni cómo se manifiestan. Las masas, como la opinión pública, son entes algo metafísicos o ilusiones ópticas que, como los espejismos del desierto, eluden nuestra captura intelectual. Y sin embargo las masas existen, aunque no con la uniformidad y la presencia que sus psicólogos se imaginan. Lo difícil es dar con ellas.

Uno de los barómetros más eficaces para medir los estados de ánimo colectivos es la Bolsa, el mercado de los valores económicos, poco observado por los psicólogos de las masas. Por ejemplo, cuando leemos que en la Bolsa de París se ofrecen en venta muchos francos papel y se compra mucho oro, no cabe duda de que Francia sufre alguna grave crisis política. Cuando bajan mucho los valores en la Bolsa de Nueva York, es evidente también que algo serio ocurre en el mundo.

Yo temía que las recientes declaraciones de Kruschef a unos periodistas norteamericanos, en que amenazaba a los países del Occidente con una lluvia de cohetes intercontinentales cargados de bombas atómicas e hidrógenas, causarían algún pánico en las grandes Bolsas del planeta. Me equivoqué. Las Bolsas hicieron oídos de mercader, y la misma prensa, por lo menos en Europa, se había a publicar dichas declaraciones en los periódicos que habían adquirido la exclusiva, supongo que a un buen precio, pero sin ningún comentario en los demás. Me imaginé el penoso estupor de Kruschef ante la imposibilidad de las Bolsas y la conspiración del silencio por parte de los comentaristas políticos. El hecho, nada común, como expresión de psicología colectiva, merece ser comentado.

A mi juicio, la explicación del desaire con que se recibieron las truculentas expansiones verbales de Kruschef es que fuera de Rusia todavía no se le reconoce como el autócrata de su país, aunque él se empeña en demostrarlo. No se le considera más que como el secretario general del partido comunista ruso y no aun el zar de Rusia. Piénsese la reacción internacional: si en vida hubiera hecho unas declaraciones semejantes Stalin, que él, sí, era un autócrata auténtico. El mundo comunista se hubiera alarmado con razón. Pero precisamente Stalin nunca habló en público con ese desenfado, porque no era nada torpe en política exterior.

Stalin sabía que un político que amenaza a otros países revela generalmente la debilidad o el miedo del propio, que es lo que muchos han creído advertir en las declaraciones de Kruschef. Tampoco necesitaba Stalin, señor absoluto de Rusia, afianzar su poder en el interior desafiando con baladronadas al resto del mundo, como al parecer le sucede a Kruschef. Stalin conocía a fondo también la mentalidad de las grandes democracias, débiles con los agresores cuando ellas no son las víctimas, como lo fueron en 1938 con Hitler en Austria y Checoslovaquia y el año pasado con Rusia en Hungría, pero que se embravecían como fieras cuando se sienten amenazadas, como aconteció en las dos guerras mundiales; lección que por lo visto aún no la aprendió Kruschef.

Ignoro la repercusión que sus imprudentes palabras han tenido en Rusia, ni siquiera si las han divulgado la prensa y la radio soviéticas, o si sólo fueron un artículo de exportación para amedrentar a los pueblos occidentales. Si ese fue el propósito, hay que convenir en que el tiro le salió por la culata. Algunos pensaron que los hombres de la prensa sensacionalista de Hearst que hablaron con Kruschef habían cometido una estupidez imperdonable, haciéndole el juego con la difusión de sus indiscretas efusiones oratorias. Pero tal vez quisieron acertadamente poner en evidencia la falta mental del declarante como diplomático y al mismo tiempo utilizarlo como knut soviético para despertar al Occidente de la somnolencia en que se habían sumido sus defensas periféricas en torno de Rusia.

Hace poco confesaba Kruschef, locuaz impenitente, que a Molotov se le había destituido de sus altas funciones ministeriales por ser adverso a la actual política rusa de ingerencia en el Medio Oriente. No hace falta mucha imaginación para conjeturar lo que habrán pensado de sus amenazas al exterior los jefes más responsables del ejército soviético, así como Molotov, Malenkov y todos los fieles discípulos de Stalin en la prudencia como norma de la política internacional, sobre todo en circunstancias tan delicadas como las presentes. ¿Pero qué piensan las masas rusas, si es que piensan y saben algo, de la nueva táctica de Kruschef en política exterior?

En marzo de 1939, en el congreso dieciséisavo del partido comunista ruso, Stalin pronunció un discurso en extremo conciliador para Alemania, preparatorio del pacto de amistad con Hitler en agosto del mismo año. Al terminar, todos los delegados, puestos en pie, prorumpieron con entusiasmo unánime: «¡Hurra al camarada Stalin! ¡Hurra al gran Stalin! ¡Hurra a nuestro querido Stalin!» Esos hurras eran sin duda expresiones del culto a la personalidad, pero también del amor a una paz muy deseada, aunque luego, en 1941, resultó una guerra atroz con Hitler, castigo de la historia por aquella alianza tan antinatural. ¿Que le gritarían hoy a Kruschef si les anunciara lo que le dijo a los hombres de Hearst? Este es el gran enigma de Rusia. En los países totalitarios, sin libertad de información, de crítica ni de opinión, nunca se sabe lo que piensan las masas.

Confiamos, sin embargo, en que el pueblo ruso, a pesar de su forzosa mudez, es tan profundamente pacifista como los demás pueblos, y que si un día Kruschef quisiera traducir en actos sus temerarias palabras, las masas soviéticas y los hombres de gobierno fieles a la prudencia internacional de Stalin, salvo en el único grave error de su pacto con Hitler, recordarán el uso protector de las camisas de fuerza. No deja de ser paradójico que un conocedor del comunismo soviético como Milovan Djilas diga en su libro «La nueva clase» que una dictadura militar en Rusia significaría un saludable progreso político. Y quién sabe — si se pudiera añadir — si no también un servicio a la paz del mundo.

En contraste con el silencio que ahogó las declaraciones de Kruschef, la Bolsa de Nueva York y las más importantes de Europa registraron con una baja considerable la inquietud que produjo en todo el mundo la noticia de la nueva enfermedad de Eisenhower. Su rápida mejoría, no se sabe aún si momentánea o duradera, causó una reacción favorable en las Bolsas. Pocos destinos habrá tan singulares como el de este hombre. Se quebrantó notablemente su gran prestigio por efecto de los salteños mecánicos de Rusia. Se le culpaba de la ventaja obtenida por los rusos en la fabricación de proyectiles de largo alcance, debido a su apatía como gobernante, según unos, o a su precaria salud, según otros. Pero al conocerse que su vida o su función como jefe de Estado estaba otra vez en peligro, todos, amigos y adversarios, vieron en ello el pronóstico de una catástrofe internacional.

En todas sus limitaciones, unas naturales y otras circunstanciales, este hombre aparece hoy como un ser mítico, el símbolo de la defensa occidental para unos y la máxima garantía de la paz para otros, incluso para Rusia, que se alarma ante una eventual sucesión inmediata del dinámico vicepresidente Nixon. El caso de Eisenhower es uno de los fenómenos más extraordinarios en la historia de la cambiante e incalculable psicología de las masas. Metternich solía decir burlescamente que, cuando la Francia de su tiempo estornudaba, todo el mundo se sonaba las narices. Hoy, cuando el Presidente norteamericano se acuesta por orden de sus médicos, las grandes Bolsas y los Estados Mayores de las grandes potencias, sin excluir el soviético, temblan como niños perdidos en la noche. ¿Absurdo? Tal vez. Pero las masas humanas son así, aunque sus psicólogos profesionales no acierten a definirlos.